

MUSEO DE LAS FAMILIAS.



Vista de la catedral de Málaga desde el muelle.

LA SONAMBULA.

A principios del otoño, del año pasado, me hallaba yo en Málaga á un asunto que me detuvo en aquella ciudad mas tiempo del que habia pensado; estaba alojado en la fonda de F... que es sin disputa alguna la mejor de la poblacion y ocupaba los ratos que me dejaban libres los negocios y las visitas de los amigos, en tomar apuntes para la *GUIA DEL VIAGERO*, segun tengo de costumbre hacer en todos los pueblos que por primera vez visito.

Una mañana que me paseaba por mi cuarto con el balcon abierto que daba á un magnifico jardin de la misma fonda, me pareció distinguir entre los árboles varias personas desconocidas; me acerqué á la ventana por una especie de instinto simpático mas bien que por un sentimiento de curiosidad, y vi un anciano y una señora de

25 de Enero de 1815.

bastante edad tambien, ambos á dos revestidos de esa dignidad exterior que revela el rango social antes de anunciar la fortuna, y que no se adquiere con la misma facilidad que esta. El caballero tenia algo de glacial y severo en su fisonomía; la señora al contrario, dejaba ver la dulzura y la tristeza pintadas á la vez en su rostro; hablaban en voz baja contemplando una jóven que se hallaba sentada inmóvil en un banco de céspedes; yo tambien la miré y desde entonces no tuve ojos mas que para ella.

Una larga descripcion apenas daria una idea imperfecta de su carácter gracioso y de lo melancólico de su figura y aptitud; la fisonomia alterada unicamente por una palidez mortal, recibia toda su espresion de dos grandes ojos negros y rasgados de mirar fijo, penetrante y dulce; la aptitud aunque sencilla y sin artificio tenia un no sé qué de agradable que se armonizaba perfectamente con el aire de indiferencia completa y de sufrimiento habitual que desde luego se adivinaba en la interesante

TOMO III. 4.

desconocida. A su lado estaba de pie, el jardinero que la contemplaba en silencio, y á sus pies se habia colocado una compañera, una hermana quizás, bella y jóven como ella, pero sana y robusta, de rostro alegre y apacible.

Largo rato permaneci en observacion sin que me viesen, y sin saber por qué me complacia en formar en mi imaginacion una novela sentimental tomando por argumento las relaciones de estos personajes entre sí. Un remolino de hojas secas formado por el viento, hizo volver la cara al jardinero y viéndome en el balcon me saludó segun costumbre. No debió contentarse solo con esto porque observé que se dirigió á las jóvenes nombrándome sin duda y hablándoles de mí sin omitir ninguna particularidad respecto á mi persona y dirigiendo la vista hacia el balcon con la viveza y movilidad propia de un andaluz. La enferma hizo un movimiento y sus hermosos ojos se encontraron con los míos... La vergüenza de verme sorprendido y poder ser acusado del delito de curiosidad, me impidió sostener esta confrontacion, y ruborizado como un culpable, me retiré de la ventana y fui á ocultarme en lo interior del aposento.

A poco rato subió el jardinero á mi cuarto á traerme un ramo de flores que me solia coger todas las mañanas. «Señor, me dijo, entre estas flores hay una que me ha dado la señorita descolorida para vd.»

Era esta flor una siempre-viva blanca, que la jóven habia querido añadir al ramo que á su presencia formó para mí el hortelano. Yo no di á esta flor importancia alguna, considerándola como una de las muchas atenciones de política que los viajeros cambian tan facilmente, entre sí al primer encuentro.

Pregunté al jardinero si sabia algo relativamente á esta familia y me dijo que solo habia oido decir que aquella jóven estaba *ética*, y que habia ido á Málaga para ver si la bondad del clima operaba una cura que el arte miraba como imposible, á no ser un milagro de Dios.

Después supe por la criada de la fonda que era una familia de la alta nobleza, que habian llegado de Madrid la noche antes, y que ocupaban las habitaciones inmediatas á la mía, donde se proponian pasar todo el invierno.

Aquella misma tarde me encontré frente á frente con el marqués de C... en el corredor que conducia á nuestras respectivas viviendas y nos saludamos como personas destinadas á habitar por algun tiempo bajo un mismo techo. Al anocheecer me pareció oír suspiros y lamentos al traves del tabique que separaba mi alcoba de la de la enferma. La criada que vino á traerme luz, me dijo con mucho misterio que habia adquirido nuevas noticias por los criados del marqués; que la jóven no solo estaba *ética* sino tambien poseida del demonio, que se levantaba, hablaba y hacia cosas durmiendo que en su estado era imposible que las pudiese hacer despierta: que se la habia visto de noche abrir sus ventanas, asomarse, sostener una conversacion como si alguien le contestase desde la calle y volver luego á cerrar el balcon con una fuerza extraordinaria, no obstante que el día anterior no habia podido menearse del sillón, etc. Yo me guardé bien de entrar en esplicaciones con la criada para demostrarle que el diablo no tiene nada que hacer en los fenómenos del sonambulismo, y la dejé marchar aparentando tanta admiracion como ella.

Ya habian tocado á maitines las monjas de un convento inmediato y me hallaba yo muy engolfado leyendo, cuando sentí un ruido como de pasos ligeros en el fondo de mi alcoba, y después el de una llave y un picaporte que se abría. Apliqué mas el oído y no me quedó duda de que alguien habia entrado en el cuarto; vuelvo bruscamente la vista y no pude contener un grito de sorpresa, y no sé si de miedo, al ver delante de mí una muger vestida de blanco, que hubiera tomado por su palidez y modo de andar solemne, por una fantas-

ma ó por un verdadero espectro, si al punto no hubiese reconocido la jóven descolorida del jardín que se habia introducido en mi habitacion por una puerta de mi alcoba que comunicaba con la suya, y cuya llave, sin duda por descuido, habian dejado puesta de la parte de allá. Una visita semejante y á tales horas, me sorprendió tanto mas cuanto que en aquel momento no me ocurrió que me la hacia una sonámbula.

Quise ir á su encuentro pero ella me hizo seña de que estuviese quieto: «Perdone vd. señorita, la dije, que no habiendo podido prever que recibiria tal honor me haya mostrado en el primer momento mas descortes de lo que debiera...»

Nada me respondió, pero continuando su marcha pausada vino á colocarse frente á mí y comenzó una extraña pantomima, que no he comprendido sino después: llevaba la mano á su corazon, después á su frente y estendia los brazos hacia un objeto invisible para mí que su imaginacion le representaba. Por último se dejó caer sobre una silla, cruzó los brazos y tomó la aptitud de una persona que espera y que escucha: observé que sus ojos estaban cerrados y me convencí de que dormia.

—Cuénteme vd., léame vd. alguna cosa dijo al cabode algunos minutos con voz á la vez dulce é imperiosa.

Yo no sabia que hacer, y como sucede siempre en tales casos, ni hice ni contesté nada. La sonámbula prestaba una atencion tan fija y perseverante que me sujió la idea de intentar una prueba; pero como yo guardaba silencio, hizo un gesto de despecho, y renovó la súplica con un acento mas tierno y mas melancólico aun.

—Ah! hábleme vd.; dígame vd. algo, exclamó, y me hará vd. mucho bien.

Esta vez obedeci, y quise buscar entre los libros que tenia á la vista, alguno donde leer cosa que le fuese agradable; pero desgraciadamente todos eran de materias áridas para una muger, y los mas de ellos franceses; por fortuna tenia sobre la mesa el manuscrito de la interesante novela *EL GABAN DE DON ENRIQUE EL DOLIENTE*, que me acababa de enviar su autor, el señor Maldonado, para el MUSEO DE LAS FAMILIAS, donde la han visto ya publicada mis lectores, y pareciéndome como venido del cielo emprendí la lectura de los dos primeros capítulos. La enferma escuchó con una inmovilidad tan absoluta, que la asemejaba á una estatua de mármol colocada sobre un sepulcro. Cuando concluí esta lectura hecha en voz baja y casi ininteligible, volvió á llevarse de nuevo la mano al corazon y á la frente, se levantó y entró en su cuarto cerrando la puerta cuidadosamente.... Inútil es añadir que en lo que faltaba de noche no pude cerrar los ojos.

Al día siguiente entré naturalmente en relaciones con el marqués de C... y su familia. Sin duda por los informes que le darian de mí en la fonda, me juzgó digno de recibir sus confianzas, y me inició sin dificultad en secretos que yo no me hubiera atrevido nunca á penetrar. Me dijo que su hija se habia educado en Francia, y que esta educacion, en uno de los primeros colegios de París, era el origen de todos sus males. Esta jóven seducida por malos consejos y peores lecturas, de vuelta á Madrid habia concebido un amor insensato por un jóven con quien no podia casarse, porque este jóven, literato muy estimado en la república de las letras, pero sin nombre ni título en el mundo aristocrático, sin fortuna hereditaria, no tenia mas posicion social que la que se habia adquirido con su talento. El padre se habia opuesto formalmente á los proyectos de los jóvenes, hasta conseguir separarlos del todo, vigilando á su hija en términos que ni leer le era posible las obras de su amante; porque le estaba interdicha toda clase de lectura bajo cualquier forma que fuese. La desgraciada no tardó en ser victima de este amor hasta cierto punto literario; la tristeza empezó á dar sus frutos y la desesperacion la hirió de muerte. El viage á Málaga aceleró los progresos

de un mal incurable ya, porque contribuía á quitarle toda esperanza. Yo compadecía esta funesta pasión que veía refugiarse en la tumba como en un asilo inviolable, y no podía contener las lágrimas al contemplar la interesante enferma, que por su parte me miraba con una sonrisa angelical.

Pregunté al marqués el nombre del joven que no había querido unir á su hija, pero encogiéndose de hombros me respondió en tono colérico, que jamás lo había sabido ni querido saber. «No sé mas sino que es un *artista*», segun es moda llamar ahora á esta clase de gentes» me dijo en tono despreciativo. No quise contradecirle, porque comprendí hasta que alto punto rayaba la preocupacion del marqués y me limité á hacerle comprender que la salud y la felicidad de su hija valia sin duda la pena de un sacrificio de vanidad, mucho menor ahora que en otro tiempo. Volvió á encogerse de hombros y mudó de conversacion.

Las noches siguiente fui visitado, como la primera por la sonámbula que venia á pedirme que le leyese alguna cosa ó le hablase de mis publicaciones; le leí capítulo por capítulo toda la novela de que llevo hecho mérito y me pareció notar que mi docilidad en satisfacer el deseo de la dormida enferma producía en ella un efecto saludable calmándola y haciéndole mas llevadera la ausencia de su amigo. Entonces me ocurrió la idea de prolongar este singular tratamiento que los médicos no

habian adivinado, y escribí á todos los literatos de Madrid que me honran con su amistad, suplicándoles que me remitiesen algun artículo ó composicion cuyo uso me reservaba esplicarles á nuestra vista. No se hicieron aguardar mucho mis apreciables amigos, y algunos correos despues recibí un grueso paquete que contenia una gran porcion de artículos firmados y anónimos, y sin calcular las consecuencias de mi proceder corrí á llevarlos á la enferma que paseaba por el jardin donde yo tenia costumbre de acompañarla todos los dias. Apenas en sus manos el paquete, se puso á examinarlo con la mayor agitacion mientras yo le esplicaba de qué medio me había valido para ocupar á su lado la plaza de embajador por decirlo así, de la república literaria, muy interesada en su salud.... La infeliz no me oía porque se había desmayado llevando á sus labios los manuscritos que le acababa de entregar.

La subieron á su cuarto, se la prodigaron toda clase de auxilios, pero inútilmente, solo volvió en sí para espirar aquella misma noche.

Mi conciencia me acusa de haber contribuido á acelerar su muerte, porque sospecho que sin duda alguna vió la firma ó la letra de su amante entre aquellos papeles y que no son sino los originales de los artículos que verán mis lectores en el Museo del presente año, donde me propongo publicarlos en honor á su memoria.

F. DE P. MELLADO.

ESTUDIOS DE VIAGES.

EL LOUVRE. (1)

A la orilla del Sena, y contiguo al palacio de *Tullerías*, con el que hay proyecto de unirle por la plaza de *Carroussel*, se encuentra el palacio del *Louvre*, el mas grande palacio, á decir de los franceses, que han edificado jamás los hombres, con su celebrada columnata, y con su estensísima *galeria de pinturas*, la mas larga que diz se conoce en el universo, y no lo estrañaré porque apenas hay vista que la abarque de un extremo á otro, y sería tambien la mas bella del mundo si no fuera tan irregular. Es la que sirve principalmente de *Museo Real*, y de consiguiente es una coleccion inmensa de cuadros de los mas célebres pintores de todas las escuelas. En cualquier dia que el extranjero visite la *Galeria de pinturas del Louvre* esté seguro de encontrar una numerosa concurrencia de curiosos espectadores, así como de multitud de artistas copiando cuadros, y el español notará con agradable sorpresa las muchas jóvenes señoritas que hallará siempre manejando el pincel con maestría y aplicación. En las diferentes ocasiones que yo visité la gran galeria, tuve el gusto de ver siempre á un padre y tres hijas copiando á un tiempo una virgen de Murillo en otros tantos lienzos de diferente tamaño.

Pero lo mas interesante y curioso que para un español tiene el palacio del *Louvre*, y no sé si diga lo mas disgustoso ó lo mas agradable, porque disgusto y placer se experimenta simultáneamente, es la parte llamada *Museo español* que consiste en *cinco salas* del segundo piso llenas de cuadros *esclusivamente españoles*, obras de Murillo, de Cano, de Zurbaran, de Velazquez, y de otros

distinguidos artistas compatriotas nuestros. Entre ellas las hay de un mérito singular, y las hay tambien que testifican haber echado los señores franceses en España siempre que han podido la red barredera, arrebañando con todo lo que han encontrado *en proporcion*, bueno con mediano y duro con maduro, siguiendo sin duda la máxima de que en recoger no hay engaño. Si alguno no quiere creer todavia en el *apego* que han mostrado siempre los franceses á las cosas de España, vaya al *Louvre*, visite las *cinco salas del Museo español*, y se convencerá: allí están de manifiesto para que nadie alegue ignorancia. Algunos de los que aquello veíamos, nos consolábamos con la idea de que no era malo estuviesen allí las obras de nuestros inmortales artistas para que sirviesen de honrosa muestra á todos los extranjeros de los genios sublimes que la España ha producido en el noble arte de la pintura. Pero Tirabeque no entraba por esta reflexion, y decia que si San Pedro estaba bien en Roma, bien estaba tambien cada cosa en su lugar, y que el lugar de aquellos ricos cuadros era la España, y no otra parte alguna de *estrangis*, y comentando á su modo aquella máxima del derecho: «*res, ubicunque sit, domino suo clamat*», añadía lleno de fuego patrio, «digo y repito que esto es nuestro, y que no veo razon para que esté aquí: no señor, yo lo reclamo á nombre de la España y de la ley de Dios.»

En vano era hacerle cargos de que pudiera muy bien haber sido adquirido por donacion ó por venta, ó por cualquier otro legítimo título; no había reflexiones para él; en nada de esto creía, y nos hubiera comprometido á no haberle arrancado de allí y conducido á las *Salas de la Marina* que están en el mismo piso; depósito y coleccion de modelos de toda clase de embarcaciones, de instrumentos náuticos, de arsenales, de puentes, de máquinas, y de todo lo que á la marina pertenece y atañe, y que constituye una de las riquezas del *Louvre*.

(1) Copiamos este artículo de los *Viages de Fr. Gerundio*, cuya nueva edición ilustrada recomendamos á nuestros lectores.

Pasamos por las salas de las momias, de los dioses egipcios, de los vasos etruscos, y de los objetos hallados en las ruinas de Herculano y de Pompeya, y descendimos á los salones bajos de las estatuas, bustos, relieves, altares, baños, candelabros, tumbas, vasos, columnas y demas antigüedades egipcias, griegas y romanas, de que hay una preciosísima y abundantísima coleccion, siendo incalculable la riqueza que en los ramos de pintura y esultura encierra el magnífico palacio del *Louvre*. En

él tiene el extranjero donde pasar entretenidamente muchos dias; y cuente con que no le bastarán ni tres ni cuatro visitas para formar una pequeña idea de las preciosidades que aquel palacio contiene.

Sin embargo, respecto á Museo de pinturas, me ratifiqué en la idea de que nada tiene que envidiar el Museo de Madrid á los mas ricos del extranjero, á pesar de todos los saqueos que ha sufrido.

M. LAFUENTE.



Museo del Louvre.—Galería en un día de estudio.

GLORIAS DE ESPAÑA.

NUMANCIA.

I.

Cerca de la ribera del Duero y no lejos del nacimiento de este caudaloso río, en una no muy empinada cuesta próxima al sitio que hoy ocupa Soria, descollaba ya desde el año 58 de la fundación de Roma, la inclita ciudad de Numancia. Esta invicta ciudad no tenía fuertes

murallas que la circundasen, ni altos torreones que la defendiesen; jamás había tenido mas defensa que los pechos de sus habitantes. Eran estos pocos en número, ocho mil á lo mas; pero tan sufridos y laboriosos, tan acreditados por su indomable valor, que todos los pueblos comarcanos solicitaban su alianza y se envanecían con su amistad. Numancia sin embargo, no imploraba el auxilio de nadie, y fué tal vez la única entre todas las ciudades del mundo, que no obedeció á ningún señor. Ni fué amiga de los fenicios, ni aliada

de los cartagineses, ni confederada de los romanos, ni tomó parte en alguna de aquellas parcialidades que dividieron el suelo español á beneficio de los extranjeros. Numancia á nadie rindió su homenaje, y cuando al fin su renombre y su fortuna escitaron la envidia de Roma y atrajeron sobre ella su odio y sus armas, los numantinos pelearon solos y por su sola libertad.

La defensa que hicieron duró catorce años, durante los cuales abatieron el orgullo de Roma, destrozaron consecutivamente sus ejércitos y mataron sus mejores cónsules con la flor de sus guerreros.

Hacia tiempo que buscaban los romanos un pretexto que diese alguna apariencia de razon á la guerra que meditaban contra Numancia, hasta que al fin encontraron uno, que les pareció favorable á los fines de su política, en la generosidad con que los numantinos habian acogido y en el asilo que habian dado á los fugitivos restos del ejército de Viriato, y como fieles á su palabra, no quisiesen entregarlos á la saña de sus perseguidores; Pompeyo se dirigió con todo su ejército contra Numancia. Entonces se dió á conocer por la vez primera el valor de sus heroicos habitantes. Salieron al encuentro del ejército de Pompeyo, rechazaron todos sus ataques y le obligaron por último á levantar el sitio. Popilio que le sucedió, tuvo la misma suerte, viéndose obligado á ratificar un tratado afrentoso para Roma, y Décio Bruto vino á perder ante las tapias de Numancia el merecido concepto que obtenia entre los suyos. Dudábase si eran los romanos los que tenian sitiados á los numantinos ó bien si estos eran los que asediaban á los romanos en su mismo campamento, del que apenas salian, ó eran destrozados inhumanamente, ó tenian que hallar al fin su salvacion en un afrentoso tratado. El que el cónsul Fabricio ratificó con los numantinos, fué causa de su muerte al volver á Roma, donde el orgulloso senado desechó todas las condiciones.

¿Cuál era el secreto que poseian los numantinos, para contrarrestar las fuerzas de Roma y verificar una resistencia sin ejemplo?... La union: la union proverbial que entre ellos tenian, pues si un numantino hubiera querido hacer armas contra un concudadano suyo, la vida le hubiera costado, solo intentarlo. Esta union productora de la fuerza, y la memoria de lo que hizo una ciudad sola, pero unida, son ejemplos palpables, aunque mal aprovechados, é indicios de lo que seria capaz el valor de los hijos de España, si guiados por un solo espíritu de nacionalidad, hubieran empleado en la defensa y engrandecimiento de su patria el conato que tantas veces han puesto en destruirse mutuamente, en favorecer ajenas pretensiones, y en tomar parte á favor de los extranjeros, que como hambrientas fieras han venido á disputarse los despojos de su fecundo suelo.

II.

Grande era la consternacion de toda Roma con las repetidas catástrofes que sufría en Numancia, con la pérdida de sus ejércitos y muerte de sus generales: terribles eran los clamores del pueblo, para que se pudiese término á una guerra que tantas desgracias le causaba; pero mayor todavía era el empeño del senado romano en volver por el lustre y crédito de sus armas. En sus inalterables principios de política, era de mas importancia el conseguir los triunfos en la guerra, que no pararse á considerar la razon que tenian para hacerla y las pérdidas que pudiera causar.... Roma ó Numancia! He aquí compendiada la regla de conducta del senado y revelada su inflexible resolucion de triunfar á toda costa de la ciudad española, que ya era acatada con el glorioso renombre de *Terror de Roma*.

Consecuente á esta conducta, decretó el senado ro-

mano que pasase á España otro numeroso ejército á las órdenes de Publio Emiliano Escipion, jóven animoso que sin pertenecer directamente al linage de los Escipiones, fué sin embargo el mejor ornato de aquella nobilísima familia. Estas disposiciones del senado eran criticadas y aun desobedecidas dentro de la misma Roma, donde causaba horror solo el oír hablar de Numancia. Apenas habia familia que no tuviese que lamentar alguna desgracia, ocurrida en el sitio de la célebre ciudad, y las madres, las esposas romanas, creían que enviar contra ella á los hijos y esposos; ultimas prendas de su cariño, era lo mismo que sentenciarlos á una muerte segura. Las legiones romanas, aquellas numerosas cohortes, cuyos feroces guerreros golpeaban de júbilo en los escudos, cada vez que los sacerdotes llamados *Feciales* salian á disparar la flecha ensangrentada ó la vara encendida por la punta, como señal de una nueva guerra, se negaban entonces á tomar parte en la de Numancia. Fueron, pues, necesarios todo el prestigio de Escipion y los favorables presagios y aprobativas respuestas de los *Augures*, para determinarlas á la guerra, y aun así fué preciso sortear las que habian de ir contra Numancia!

Apenas Escipion se vió al frente de la temible ciudad, resolvió seguir en su conquista muy diverso plan de ataque del que habian adoptado sus predecesores. Conociendo que no es solo el impetu marcial el que ciñe al guerrero con el laurel de la victoria, estableció la mas severa disciplina en su campamento, desterró de él todos los brazos inútiles, hizo salir á todas las mugeres, y resuelto á vencer á los numantinos, mas bien por el hambre y la astucia que por la fuerza, mandó arrasar todos los campos de los alrededores de Numancia y se preparó á rechazar con prontitud cualquier salida de los sitiados. No se hicieron estos mucho de esperar: vinieron á atacar á los romanos, los ahuyentaron hasta las mismas trincheras de su campo y fué preciso que todo el ejército de Escipion, fuerte de setenta mil hombres acudiese á las armas para resistir á seis mil numantinos que hicieron prodigios de valor.

Cuando Escipion vió la audacia de los numantinos y que preferian morir antes que rendirse, pues era imposible hacer ningun prisionero; cuando advirtió que los cadáveres que habian dejado en el campo, ninguno tenia herida en la espalda, reunió á todos sus gefes subalternos y les dijo:

—No hay que pensar en vencer á los numantinos con las armas; que las dejen todos mis soldados y tomen al punto la azada. Cávese en torno de esa indómita ciudad, un ancho foso, hondo demas de siete estadios, dentro del cual quede encerrado el inútil brio de sus feroces habitantes. Basta ya de sangre romana derramada por su causa.

III.

Setenta mil hombres habia empleado Escipion en abrir el foso y formar la empalizada al rededor de Numancia, cortando toda comunicacion hasta por la parte del rio, donde habian clavado gruesas vigas, atadas unas con otras y terminadas por agudas puntas de hierro. Conocieron entonces los sitiados cual era la táctica del general enemigo y temieron, no el poder de sus armas, sino los horrores del hambre que ya se dejaba sentir. Salían repetidas veces á desafiar á los romanos, provocándolos al combate; pero ellos despreciaban estas demostraciones con arreglo á las órdenes de su gefe.

En tal estado se hallaba el sitio, cuando vinieron á decir á Escipion, como habian llegado unos embajadores de Numancia para tratar de capitulacion. Al escuchar tales nuevas, no pudo el general romano disimular su sorpresa y alegría. ¡Numancia capitular! La altiva Numancia, aquella que habia vencido á Décio y á Pompeyo, der-

rotado los mejores ejércitos de Roma y hecho aceptar á Fabricio las mas vergonzosas estipulaciones. Oh! muy gozoso estaba Escipion!

Cuando los embajadores, que eran tres de los mas sábios y respetables ancianos de Numancia, se vieron en la presencia de Escipion, le hablaron así:

—Los ciudadanos de Numancia nos autorizan para preguntar al general romano, enviado contra su humilde pueblo, que si es su intento vencer por el hambre á los que no puede vencer por las armas. Los habitantes protestan contra un medio indigno de vuestro valor. Si os han enviado contra Numancia, porque no entráis á apoderaros de ella? Entrad, señor, que Numancia no tiene mas defensa que los pechos de sus habitantes; pero no rehuséis el combate por medio de un vergonzoso ardid, indigno de vuestro nombre y del que no os resultará la gloria del vencimiento.

No pudo Escipion contener su enojo, oyendo esta especie de desafio en lugar de las rendidas propuestas que esperaba.

—La voluntad de los dioses, contestó, es que yo me apodere de Numancia: yo cumpliré esta voluntad de los dioses, á vosotros no os importa como. A vosotros los numantinos no se ha de tratar como á hombres, sino como á fieras, y como á fieras os tengo cercados.

—Los numantinos, dijo entonces el segundo anciano, nos autorizan para proponeros, que sino quereis aventurar la suerte de todo el ejército, fleis la decision de la victoria al combate de hombre contra hombre, ó si quereis, de un solo numantino contra cinco romanos.

—No desperdiciaré yo en pruebas inútiles la sangre romana: tened entendido, que me importa mas la vida del último ciudadano de Roma, que la de todos los habitantes de Numancia. Esta rebelde ciudad solo podrá evitar el castigo que Roma le prepara, sometiéndose á las condiciones que yo en su nombre, tenga á bien ordenar.

—Y cuáles son esas condiciones?

—Entregar para que sufran el merecido y competente castigo á todos los segedanos, esos rebeldes partidarios de Viriato que han buscado refugio en vuestra ciudad, y despues quedar todos sus habitantes á merced de mis armas.

Quedaron suspensos los enviados al escuchar semejante respuesta. El primer anciano se volvió á mirar á sus compañeros, cual si quisiera leer en sus ojos la contestacion que debía darse, y vuelto luego á Escipion le dijo:

—Desde el primero hasta el último habitante de Numancia, está resuelto á perecer entre sus ruinas, antes que sujetarse á tales condiciones.

IV.

El pueblo numantino se agolpaba al rededor del templo de Endovellico, llenando los pórticos y galería de doble hilera de columnas que circundaba el santuario de aquel terrible dios de la guerra. Allí es donde los sacerdotes, los magistrados y los caudillos del pueblo, esperan la respuesta que han de traer y anunciar públicamente, los mensajeros enviados al campamento de Escipion. No resuenan entonces los ámbitos del templo con los cánticos de júbilo que la juventud numantina entona en loor de sus divinidades, acompañando el sacrificio de las victimas. Entonces es un pueblo entero el que viene á sacrificarse en las aras de la patria. Terror de muerte, fatídico silencio dominan en toda aquella multitud, en aquellos inclitos varones que no profieren una queja; pero que en sus rostros consternados y consumidos por el hambre revelan cuan grandes son sus padecimientos.

No fué preciso escuchar la contestacion que trageron los ancianos, para conocer cual era la suerte de Numancia; el pueblo ya la habia leído en sus macilentos sem-

blantes. Profundos gemidos, clamores é imprecaciones lanzó aquel desventurado pueblo al saber el orgullo de sus enemigos y la cruel alternativa á que le reducian. La carne de los romanos muertos se disputaba en Numancia para el necesario sustento; pero hasta este repugnante recurso faltaba ya, y aun los que mejor podian resistir las privaciones, los que mas intrépidos se lanzaban al combate, no podian ser insensibles á la muerte de sus tiernos hijos y de sus esposas. Lanzaban estas alharidos horrendos y pedian la muerte, antes que caer en manos del bárbaro vencedor, y en aquellos terribles instantes de conflicto un suceso inesperado vino á confirmar la desesperada resolucion de todo el pueblo.

Abriéndose paso por entre la muchedumbre, hasta penetrar dentro del templo, llegó un guerrero que para ser visto de todos, subió por las gradas hasta colocarse junto á el ara de Endovellico. Todos reconocieron en él, al valiente Retogenes, uno de los mas esforzados mancebos de Numancia, que se habia ofrecido pocos dias antes á salir en busca de socorro á las poblaciones vecinas y amigas de los numantinos y que escapado sin duda del poder de los romanos, habria conseguido á fuerza de audacia volver á la ciudad. Ya no era aquel robusto y animoso Retogenes, que marchaba de los primeros al combate; la palidez de la muerte se mostraba en su semblante y una estrema debilidad en su cuerpo cubierto de ropas salpicadas de sangre.

—Habitantes de Numancia, esclama esforzando su voz, no os fleis de las condiciones que pretenda imponeros vuestro implacable enemigo: ved aqui cual es la suerte que reserva á los vencidos!

Al decir estas palabras, levantó sus brazos mutilados y destilando sangre, y el pueblo entero lanzó un grito de horror al observar que les faltaban las manos, las que habian sido cortadas por la muñeca. Retogenes prosiguió:

—De las ciudades vecinas solo en Lancia, algunos jóvenes animados con mis palabras, habian consentido en tomar las armas en vuestro favor. Hemos sido sorprendidos y nuestras manos cortadas os dicen cual es la clemencia de los romanos. Escipion, sin duda me envia para referiros cuales son los efectos de su venganza, y anunciaros que tiene preparadas las cadenas con que os ha de amarrar al carro de su triunfo. Una muerte gloriosa... es el único recurso contra su saña... muerte como la mia... grata mil veces, antes de presenciar la ruina de mi patria.

No pudo decir mas: cayó exánime sobre el ara y entonces se advirtió que tambien le brotaba sangre de otra herida en el pecho. Su muerte hizo estallar todas las pasiones de la muchedumbre, que enardecida prorumpió en gritos de venganza, cuyo eco resonó hasta en el campamento de los romanos.

Adelantóse entonces el primer magistrado, imponiendo silencio á la plebe para decir:

—¡Pueblo numantino! llegó el momento de tomar una resolucion estrema.... ¡la esclavitud ó la muerte!

—¡Muerte! contesta unánime el pueblo, mientras que los guerreros levantando sus espadas, esclaman ¡guerra! ¡guerra!

—Oh! pueblo, tu constancia triunfará de todo el poder romano. Numancia perecerá; pero libre, conforme hasta ahora ha existido. ¡Muerte y venganza!

Desde este momento en que se decretó la ruina de Numancia, un ciego furor, una desesperacion, un vértigo espantoso se apoderó de todos los habitantes. Espárcense furiosos por las calles y las casas: unos destruyen cuanto hay precioso en los edificios que pueda servir á la codicia del vencedor; otros se dan la muerte con la espada ó el veneno, y los que aun se sienten con fuerzas para prepararse al último combate, aniquilan

por su mano cuanto pueda debilitar su valor en aquel momento, y cuantos seres débiles hay en la ciudad que no sean capaces de arrostrar la muerte á su lado.

V.

Descansaban tranquilos en su campamento los soldados de Escipion, esperando el instante de triunfar de Numancia, mientras que iban saliendo de esta desventurada ciudad, cuantos en ella quedaban con vida, es decir, cuantos aun podian manejar una espada. Como la dificultad mayor no estaba en atacar á los romanos, sino en franquear el foso que les separaba de ellos, llevaban los numantinos, ademas de sus armas, grandes piedras y escombros de los edificios que habian derribado de intento. Caminando en silencio y á favor de la obscuridad de la noche, llegaron al borde del foso y arrojaron las piedras á un mismo sitio por el que pasaron sin dificultad; pero aun les faltaba arrancar del otro lado una gruesa empalizada. No pudo ejecutarse esta maniobra sin difundir la alarma en el campamento; mas antes de que los romanos tuviesen tiempo de prevenirse, ya eran arrollados por los numantinos que se precipitaban por la empalizada, invocando el nombre de su querida ciudad.

No de otra suerte se arrojan las aves de rapiña sobre la presa largo tiempo codiciada, y dando feroces graznidos despedazan sus entrañas palpitantes, como los numantinos, cual rabiosas fieras, se lanzan sobre sus enemigos, los hacen pedazos y esparcen sus miembros por la tierra. Hombres, caballos, tiendas, trincheras, todo lo atropellan, mientras que los romanos levantándose des-pavoridos, huyen de aquellos hombres despiadados de quienes no pueden esperar cuartel. Era aquella una espantosa pelea, donde apenas se distinguia al amigo del enemigo, alumbrada por las centellas que despedian las espadas y por algunas teas, que por aquí y acullá, difundian un siniestro resplandor.

Al primer grito de alarma, Escipion salió de su tienda, mandó encender hachas por todo el campo y empezó á dar órdenes en altas voces, para que sus tropas se animasen con su presencia y para que le oyesen en medio de aquel clamor espantoso y de los gemidos de los moribundos. Liberio gefe de los numantinos distingue al general romano y parte hácia él para darle muerte, lo que solo puede ejecutar con los muchos que intentan impedirle el paso. Despues de haber derribado á uno de los enemigos, arranca la tea, que aun conservaba empuñada el cadáver, y dando un grito feroz, inspirado por



Ruinas de Numancia.

la idea fatal que le ocurría, aplica la antorcha á la tienda mas inmediata. Empezó á arder rápidamente; la llama pasó de aquella á otra y luego á otra, y favorecida por el viento é iluminando de repente todo el campo, amenazó convertirle en un espantoso volcan: digna antorcha de tales estragos.

El incendio, que al principio tanta consternacion produjo entre los romanos, les fué luego favorable, cuando á favor de su claridad descubrieron la escasa fuerza que los acometía y pudieron volver todos sobre aquellos pocos numantinos, que se defendían desesperadamente procurando no separarse unos de otros. Algunos habían llegado hasta las últimas líneas del campamento de Escipion, y pudieron haber escapado por la campiña que libre se les presentaba; pero acordándose de que sus compañeros quedaban en el mayor peligro entre las legiones romanas, que los estrechaban por todas partes, volvieron á unirse con ellos, y fieles á su juramento, prefirieron la muerte gloriosa á la libertad apetecida. Los que aun batallaban, desesperando del triunfo, estenuados del hambre y de la fatiga de la noche, derramando sangre de sus heridas, retrocedieron en el mejor orden posible hacia Numancia, y sin ser inquietados por los romanos entraron en la desolada ciudad, llevando en el centro á los débiles y á los heridos.

Ya ni aun la muerte de los valientes les estaba concedida!

VI.

Una columna de negro y denso humo se elevaba en el centro de la poblacion numantina: oíanse al mismo tiempo grandes alaridos dentro de la ciudad, y un tan lugubre como extraño sonido de trompetas. En breve empezaron á saltar por los aires algunas chispas, hasta que ondeantes llamas se alzaron como pirámides de fuego por encima de los edificios. Los soldados romanos, siempre temerosos de los numantinos, se formaron al instante en batalla y sin comprender lo que sucedía, se mantuvieron inmóviles con los escudos y lanzas en la mano, cercando

á Numancia como una muralla de hierro. Ya entonces el incendio ensanchando su inmenso círculo, envolvía casi toda la poblacion é iluminaba largo trecho la campiña con su funebre resplandor. Poco á poco se fué calmando el incendio en Numancia; callaron las trompetas y á la agitacion primera sucedió un extraño silencio, interrumpido á veces por el estrépito de las techumbres que de vez en cuando se desplomaban. Los exploradores enviados por Escipion se adelantaron entonces hasta Numancia y volvieron diciendole que la poblacion era suya.

Cuando al fin los romanos se atrevieron á penetrar en la poblacion, sangriento y funesto espectáculo se presentó á sus ojos. El mismo Escipion lanzó un grito lastimero al contemplar la vasta escena de desolacion que se le ofrecía. No se encontraban vencidos de quien triunfar, sino sus mutilados cuerpos medio enterrados entre los escombros y multitud de cadáveres con todas las señales de una muerte reciente. No se veían mas que columnas caídas, pórticos desmoronados, techumbres desplomadas, y por todas partes ruinas, incendio, cenizas y desolacion. Una colosal hoguera, encendida en medio de la plaza acababa de reducir á cenizas las personas y cuanto había de valor en Numancia, porque en esta desventurada ciudad, los templos, las casas, las riquezas y los habitantes todo concluyó en una hora.

Escipion no halló un habitante de quien pudiese triunfar; un solo hombre que pudiese presentar en Roma como testimonio de su triunfo, al subir victorioso al Capitolio.

¡Numancia pereció!... Hace ya 1974 años que de esta inclita ciudad no quedan mas que estériles escombros y lamentables ruinas, y sin embargo, su recuerdo se mantiene vivo, cual si aun existiese en medio de nosotros: su nombre, emblema glorioso de valor y de constancia conserva todavia todo su prestigio, asociado á un suceso único en la historia del mundo, y los pueblos dispuestos á sacrificarse por su independencia, inflamados del santo amor de la patria; invocan todavia el nombre augusto de NUMANCIA.

FRANCISCO FERNANDEZ VILLABRILLE.

ESTUDIOS HISTORICOS.

LOS HIJOS DE EDUARDO.

Después de la muerte del lord Hastings, tan afecto á los pequeños hijos de Eduardo IV, Ricardo, duque de Gloucester, se resolvió á poner en planta sus miras ambiciosas: pero Dios, para vengar al justo da remordimientos al malo y Shakspeare nos ha dejado en admirables escenas los terrores de un usurpador.

Yo he visto no lejos del mar, bajo las dilatadas y fuertes ramas de una vieja encina, dos tiernos rosales crecer y enverdecer: sus tallos se habían ligado y confundido juntos y florecían en comun: esta brisa de la mar que mata las flores, no llegaba jamás á sus rosas, por que el árbol centenario las amparaba con su tronco y con su sombra; pero un día el hacha del hombre bárbaro abatió la encina; y los dos rosales, que ya no se vieron defendidos del cierzo abrasador, se marchitaron y murieron.

Igual desgracia aconteció á los dos tiernos príncipes: después del asesinato de Hastings, nada impidió ya á la

muerte que consumase su obra.... El tiempo estaba lluvioso y sombrío, hacía muchos días. Los dos niños prisioneros no habían podido subir á la plataforma de la torre en que estaban encerrados: en su cautividad era para ellos un júbilo ir á respirar el aire en este recinto coronado de centinelas: de allí veían el Támesis con todos sus navios, á Lóndres con sus altas almenas y Westminster con sus soberbias torres: mostrábanse los monumentos que reconocían; pero naturalmente lo que fijaba mas sus miradas, era el palacio del rey, en que habían nacido. Divisaban con pena y envidia las espesas sombras que rodeaban este antiguo edificio; y se preguntaban:— «¿Cuándo podremos jugar bajo aquellos hermosos árboles?»

Un día en torno de su prision silenciosa y triste, oyeron un ruido extraño y se pusieron á observar al través de las rejas de su ventana: vieron hombres armados, que conducían un preso hacia la capilla, pero no pudieron verle el rostro: solo conocieron por sus canas, que era anciano, y distinguieron una hacha que llevaba un hombre vestido de encarnado.

—Yo quisiera saber quien es ese preso, dijo Eduardo. Nuestro fiel amigo Hastings nos lo dirá, respondió

Enrique. Cuando le veo me lleno de contento; pero hace muchos días que no viene á visitarnos..... Eduardo ¿sabes tú el por qué?

—No: pero la última vez que estubo aquí me dijo, que iba á apresurar mi coronación: puede ser que esté ocupado en los preparativos..... ¿sabes que él hace grandes preparativos en Westminster?

—¡Oh, sí! yo lo creo: antes de llevarse á nuestro padre, fué menester trabajar muchos días. Esta vez no será en negro..... será en escarlata y con oro..... Eduardo, ¡cuán bello será ese día! ¿que lindo estarás con tu corona!..... ¿estaré yo cerca de ti cuando te sientes en tu trono?

—Tú sabes bien, que no nos separaremos jamás.

—¿Y cuando seas rey, podre abrazarte como ahora?

—¿Por que no? siempre seré tu hermano.

—¡Dicen que la corona cambia tantas cosas!..... ¿Te acuerdas de lo que nos contaba nuestra buena nodriza lady Sarah? mostrándonos á nuestro padre, nos decía: ¡Vedle cuán triste está! ¡la corona le lastima la frente! —Y abrazándonos añadía:— ¡Oh hijos míos! yo quisiera mas que fuérais hijos de un pobre y honrado labrador.

—Quizá tenía razón y algunas veces pienso como ella.

—Vamos, Eduardo: te chanceas.

—No: escucha: si fuéramos hijos de un labrador, estaríamos en libertad. estos gruesos muros, y estas fuertes rejas de hierro no nos detendrían aquí. Mi tío dice que esto es para librarnos de los malos y entonces preciso es creer, que los reyes tienen hombres que los aborrecen sin causa; ya ves que no es una dicha nuestro nacimiento. Mira todas esas campiñas que rodean á Londres tan verdes y tan bellas: si nosotros fuéramos labradores jugaríamos allí tan libres y tan alegres como las aves que pasean sobre nuestras cabezas.

—Te parece que dices grandes cosas; pero con todo, yo quiero mejor ser hijo de un rey; un rey hace todo lo que quiere, nada le falta: tiene magníficos palacios, amigos sin número, soldados, riquezas, caballos, perros, halcones, grandes florestas..... ¡y después tiene mucho dinero que dar á los pobres!..... Cuando pasa por las ciudades, no oye mas gritos que los de ¡Dios salve al rey! todo el mundo le ama y respeta. Eduardo, cuando tú te veas coronado, toda la Inglaterra te amará mas que al presente: solo yo no podré quererte mas de lo que ahora te quiero.

—Enrique: cuando crezcas mas; cuando leas la historia, verás que los reyes no son tan dichosos como crees. Yo no hago mas que comenzar á abrir los libros y ya he visto, y ya me han contado que habia algunas veces muchas penas bajo la corona.....

—Oh hermano mío! no hables así, porque me entristece tanto el oírte como el ver á mi tío Gloucester..... es tan feo, tiene un rostro tan.....!

—Silencio, Enrique, no digas mas; si nuestro tío...

—Nadie puede escucharnos.

—¿Quién sabe? Te acuerdas bien que lady Sarah nos repetía con frecuencia, que las paredes tienen oídos, y que lo escuchan todo?..... Pero, calla: Enrique, ¿no has oído ruido?

—Sí, del lado de la puerta, y Fidelio lo ha oído tambien (el perro de los príncipes se habia dirigido hacia la puerta, y ladraba).

Enrique, aproximándose á su hermano le dice: «Yo tiemblo.»

Eduardo, algo mas tranquilo porque el rumor habia cesado continuó en voz alta.—

—Si: cuando yo sea rey perdonaré á todos aquellos que han hecho mal á mi padre, á mi madre y á nosotros dos..... Escucharé siempre los consejos de mi tío Ricardo, que es inteligente y conocerá los buenos y los malos: él me rodeará de los unos y me apartará de los otros, y

con mi corazón y sus consejos, haré la dicha de nuestro país..... Cuando sepas, Enrique, que hay un infeliz que sufre dejaremos nuestros vestidos dorados para ir á consolarle y socorrerle..... Y cuando hayamos hecho mucho bien, el pueblo nos bendecirá y dirá: «El duque de Gloucester su tutor, el noble protector del reino es el que los ha educado así y nosotros iremos á la tumba de nuestros padres y les diremos:—«Oíd esas voces que bendicen á vuestros hijos.....»

—Eduardo toma tu libro de devociones, la noche vienes: oremos..... Mira á Fidelio que vuelve á ladrar.

—Puede que sea lord Hastings que sube á vernos.

—Si fuera él, nuestro perro no ladraría: tú sabes bien que él conoce á nuestros amigos. ¡Ay! me entenezco...

—¿Qué es eso, Enrique? acuérdate que eres príncipe.

—Tú me has dicho que los mataban algunas veces.

—Cuando han hecho mal á alguno; pero nosotros ¿á quien hemos causado daño?

—¿Pero y si quieren tu corona, y vienen con un puñal á decirte que la cedas?

—Entonces yo les responderé que nó; que pueden matarme porque jamás cederé lo que es mío.

—Y bien, entonces te asesinarán, y harán otro tanto conmigo. Escucha, Eduardo, ahora poco me decías que los labradores eran mas libres y mas dichosos que nosotros, si tú piensas de esa suerte ¿porqué quieres ser rey?

—Porque es mi deber.

—Pero nos matarán.

—No importa, Enrique, ¿quieres que yo sea un cobarde? ¿quieres serlo tú mismo?

—No: ¡pero somos tan jóvenes! yo no quisiera morir todavía..... Hermano mío, mira por encima de esa puerta: ¿no ves luz en la escalera? ¿Quién puede ser á esta hora?..... ¡Ah, Dios mío! ¡tened piedad de nosotros! ¡Virgen santa, madre de Jesus, no nos abandonéis!

Los príncipes hicieron la señal de la cruz: el perro ladraba con mas fuerza: la luz se acercaba, se oyeron voces, y el gobernador de la torre gritaba: «Sin pasar sobre mi cadáver no lograreis tocar á los hijos de mi rey: ambos han sido confiados á mi guarda, y es preciso que me mateis antes de tocar á un solo cabello de sus cabezas.» Una voz bronca le respondió:—Pues bien: ve á decir á tu difunto rey del modo que guardas sus hijos. Y entonces llegó á los oídos de los dos afligidos príncipes el último gemido de un moribundo.

Este era el leal gobernador, que acababa de ser herido en el corazón por Jacobo Tirrel, ejecutor de las sangrientas órdenes de Ricardo.

Los dos niños se atrevieron á mirar del lado de la puerta, y se mantenían estrechamente abrazados, llorando y orando juntos. La llave sonó en la cerradura.... los príncipes se estrecharon mas, y cerraron los ojos. La puerta se abrió; y Tirrel, cubierto de la sangre del hombre que acababa de asesinar, entró llevando en la mano una linterna, y en la otra el puñal homicida. Un monstruo tan espantoso como él le acompañaba. El perro ladraba siempre y queriendo morder para defender á sus dueños, se lanzó á los asesinos.

—Bob, dijo Tirrel, haz callar ese gozquillo: ahógale mientras hacemos....

—Eso es fácil, y se hace al momento respondió Bob, y con su larga y ancha mano agarró al perro, le estrechó el cuello, lo ahogó y le arrojó muerto sobre el lecho de los dos hermanos....

—¡Oh! no nos mateis, gritaron estos volviéndose y cayendo á los pies de los sicarios de Ricardo: no nos mateis: ¿quereis oro? nosotros os lo daremos.

—Qué, ¿tan pequeñuelos y ya teneis oro cuando padres de familia como yo, no le tienen? Ese oro es nuestro, es nuestro sudor, y es la sangre del pueblo.—Cuando no haya lobos ni lobeznos, seremos mas ricos; añadió

Bob.—Vamos, Tirrel, coge tú uno, yo el otro y conclu-yamos....

—¡Ah por piedad! ¡por piedad no nos hagais mal! ¡Considerad que no hemos hecho daño á nadie! gritó Enrique.

—No lo toqueis: no pongais vuestra mano sobre él: es mi hermano y yo vuestro rey... Os mando que no le hagais ningun mal.—Y su imponente magestad aumentaba las gracias de la infancia. Cualquiera otro que el feroz Tirrel se habria conmovido, pero este bárbaro con una espantosa sonrisa le replicó:—

—Reyecillo, parece que quieres volar como el águila: es una lástima que no puedas crecer, por que harías un gran rey: pero tus palabras no son las que nos contendrán: nos habeis hablado de oro: ¿en donde le teneis?

—Ah! vedle aquí, gritó Enrique. Mis buenos señores, tomad: este es un rosario de oro que mi madre me puso al cuello el día de mi nacimiento, y lo bendijo el santo padre: la cruz es de esmeraldas, y el relicario contiene una astilla de la verdadera cruz... Yo os la doy; pero no nos hagais ningun daño.

—Dádmela; y tendió su mano tinta en sangre.

El principe le entregó el rosario.

—¿Y yo? dijo Bob.

—He aquí el crucifijo de Eduardo el confesor; es de plata y el Cristo de oro.

Y el asesino recibió del principe la imagen del Dios que ha dicho:—No matarás.... Despues, mirándose los dos, volvieron á reirse, diciendo:—Henos aquí armados como santos.

—¡Oh! vosotros sois muy buenos, y nos dejareis vivir: ¿no es verdad? Ya os hemos dado todo lo mas precioso que teniamos.

—Y vuestro tío el duque de Gloucester protector del reino, ¿qué dirá?

El os bendecirá y os colmará de bienes.

—¿Lo creéis así?

—Seguramente. Es el tutor: nuestro padre era su hermano, y cuando nuestra madre en su última enfermedad nos llamó á su lecho para darnos su bendición, Ricardo se hallaba también presente, y nuestra madre le dijo:—«Hermano mío yo te confío mis hijos.» Y él llorando como nosotros respondió:—«Si, mi querida hermana: yo cuidaré de ellos y de la corona.»

—Pues bien, ha cumplido en un todo su palabra, y ha tenido gran cuidado de vosotros, pues que os ha dado un alojamiento seguro. En cuanto á la corona, piensa siempre....

—Vamos, Tirrel: mira que perdemos nuestro tiempo, dijo Bob.

—Es verdad; pero me sentí conmovido y tiemblo.... no me conozco.... estos niños tan hermosos....

—Y vosotros tan buenos, añadió Enrique, acariciando con su manos blancas, las del infame Tirrel: nuestro amigo Hastings, os recompensará también.

—«¡Hastings, el viejo Hastings!...» repitió Tirrel, y su espantosa risa hizo temblar de nuevo á los niños.

—¡Oh, sí! él nos quiere mucho.

—Pues vais á encontrarle en el instante, replicó Bob.... Vamos, Tirrel: ya ves que quieren ir á reunirse con su amigo.... es preciso ser condescendiente.... des-pachémonos....

—Este rosario que me ha puesto en el brazo me ha vuelto tan débil como una muger.... No tengo corazón para la obra.... Y tú con tu crucifijo, ¿no sientes nada?

—Yo no le he tomado: vele ahí sobre la mesa: yo sé que las reliquias y las cruces impiden hacer cumplidamente lo que se nos ha mandado; pero ellos no nos salvarían de nuestro dulce amo Ricardo; con su mano torcida nos



ahogaria.... Así deja tu rosario y manos á la obra; después lo recogerás.

—Tienes razon.

Dichas estas palabras los príncipes vieron á Tirrel arrojar el rosario y levantar el bárbaro puñal.

—Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¡tened piedad de nosotros! gritaron ambos á la vez y se estrecharon fuertemente, sus rostros se tocaban, sus corazones tambien, la cabellera dorada de Eduardo se mezclaba con los rubios cabellos de Enrique. Los dos hermanos, unidos así por el temor y la ternera, parecían uno de esos grupos de niños que los estatuarios hacen salir de un mismo pedazo de mármol. Pero los brazos de Bob se empeñaban en separarlos.

—¡Dejadnos! dejadnos, no nos separeis!... Matadnos juntos.

—Déjalos, gritó Tirrel con voz imperiosa: déjalos; yo te lo ordeno.

—¡Ah señor! ¡qué bueno sois! exclamaron los

príncipes, y los dos se arrojaron al cuello de Tirrel.

—¿Qué queréis? les preguntó el monstruo.

—¿No habeis dicho que nos dejáran vivir? queremos espresaros nuestra gratitud.

Vaya, quitáos, no hay porque: yo solamente le decia que os dejase morir juntos.... por que es forzoso que haga mi deber....

—Si, si, despachémonos, añadía Bob, es preciso concluir.

Los dos príncipes se mantenían estrechamente abrazados: Bob los tomó en sus brazos.... y á una señal de Tirrel los arrojó sobre su lecho.... Todavía se oían sus gritos pero ya no se les veía, por que los asesinos apretaban con toda su fuerza con un colchon que habían arrojado sobre ellos.... El rumor cada vez era mas sordo... apenas se escuchaban ya sus gemidos: se vió temblar el lecho.... despues nada se movia..... luego todo quedó en silencio, en un sepulcral silencio..... Todo habia terminado.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

UN JURADO DE CARLOTA CORDAY.

Marsella está rodeada de fastuosas quintas, de elegantes casas de campo, pero desgraciadamente los caminos que conducen á ellas son como el desierto que guía á los oasis, senderos cubiertos de polvo encajonados entre los mares: de uno y otro lado se ven tapias, y de cierta en cierta distancia puertas pintadas de verde ó blanco, que casi siempre están cerradas, y si alguna de ellas se entreabre, descúbrese troncos de árboles, acirates, un trozo de mar, y adivínase entonces que al abrigo de estas altas y tristes barreras se oculta una encantadora campiña.

Al fin de uno de estos caminos cubiertos distinguimos ya la gran reja de hierro que cierra el palacio de los Aigalades, propiedad del conde de Castellano, y al traves de la reja una magnífica calle de castaños, cuando vimos abrirse á nuestra izquierda una puertecita verde, y aparecer en su umbral á un anciano, que mirando á nuestro coche que iba al paso por este sitio del camino montuoso, tomaba lentamente un polvo de rapé: su actitud, su mirada, su gesto, todo me recordó á una persona muy conocida, pero cuya imagen lejana aunque querida se perdía ya para mí en la lontananza de la adolescencia; el mismo anciano me miraba atentamente, y parecia reconocermé á medias y procurar acordarse.... De repente, cuando el coche pasó por delante de él, después de habernos dirigido otra mirada, gritamos simultáneamente: «Luisa!—Mr. Jorge!» y saltando precipitadamente de nuestro coche, abracé á mi viejo maestro de escribir, al hombre que me habia dado en mi niñez dulces consejos y útiles lecciones. Creia no hallarlo sino en Aix; ignoraba que con el producto de sus economías, habia adquirido en la campiña de Marsella (á donde todos los provenzales son impelidos por la atracción omnipotente del mar,) una modesta quinta, toda perfumada con un plantel de rosas.

«Entrad, hija mía, entrad, me dijo atrayéndome hácia su cercado; cuán feliz soy al volver á veros, pues ya no lo esperaba. Temia morir sin haber podido deciros que no os habia olvidado, que habia seguido con solicitud

vuestros adelantos, vuestros trabajos. Oh! este día es muy dulce para mí.

Estreché afectuosamente las manos de mi anciano maestro. Charlando dimos varias vueltas por el jardinillo; por todas partes no veia mas que rosas, nada mas que rosas, todas las variedades de la especie colocadas por líneas en los acirates, y aquí y allí algunos hermosos manzanos cuyas ramas orgullosas cargadas de frutos dominaban los arbustos odoríficos.

—Siempre la misma pasión exclusiva por la rosa? dije á mi maestro sonriendo.

—Siempre, replicó el anciano; en mi edad continúan los gustos, pero no cambian. Si hubiera sido joven todavía cuando se principiaron á cultivar las dalias, tal vez hubiera cometido infidelidad á la rosa por esta flor, mas imponente en su forma, mas variada en su color, pero cuando aparecieron las dalias, mi vocación estaba fijada, la rosa me habia seducido para siempre por su facilidad en reproducirse, por el encanto de su perfume, por todo lo que hay en ella de gracia y de hermosura.

Y continuó hablando de su querida flor, como de un ser animado. De repente, parándose delante de un hermoso rosal, cortó una vara florida y me la ofreció. Yo sabia que este era un sacrificio y por lo mismo recibí con mas gratitud este don afectuoso.

Y vuestra otra pasión, le pregunté, vuestro amor á las altas inteligencias de Port-Royal?

—Oh! siempre, siempre, exclamó con calor. Venid, hija mía, venid á ver á estos grandes hombres, á estos nobles amigos, que tal vez habeis olvidado en medio de las distracciones de París.

Y asiendo una de mis manos, me hizo subir aceleradamente los tres escalones de la grada de su casita, desde donde se disfrutaba la hermosa perspectiva del mar. Entramos en un cuarto que servia á la vez de sala y comedor. La hija de mi maestro, joven hacendosa y económica, estaba sentada cerca de la ventana, ocupada en reparar la ropa de su padre. Esta pieza tenia dos puertas, una que conducia á la cocinita y otra al gabinete de mi maestro. Esto era todo el piso bajo; encima la repetición de estas tres piezas, un granero y dos alcobas para padre e hija. Seguí á aquel á su gabinete; en las paredes pintadas de color de perla, de un lado estaba su biblioteca escogida, y del otro colgados en dos hileras, los

retratos de Jansenio, Saint-Ciran, Pascal, Arnauld, Racine: despues el de la madre Angélica Arnauld, de sor Eufemia (sobrina de Pascal), de madama de Longueville ó *madama la duquesa* como él la llamaba siempre, por que para él todos estos personajes parecian ser contemporáneos, tal era la minuciosidad con que hablaba de ellos, y tal el calor y entusiasmo con que hacia su elogio.

Mucho antes del libro de Mr. Sainte-Beuve, me habia él iniciado en el destino de Port-Royal; habiase complacido en nutrir mi adolescencia con la relacion de los milagros, de las persecuciones, de las grandes obras de esta célebre abadía. Hablaba del milagro de la santa espina como si la hubiera visto. Al nombrar á Pascal, decia Mr. Pascal y se quitaba el sombrero con mucho respeto. En Aix habia adquirido el nombre de *jansenista*, y lejos de vindicarse de tal imputacion, mostrabase envanecido con ella; uno de los cargos mas graves que hacia á la restauracion era el que hubiese llamado á los jesuitas. — Creo que este amor á Port-Royal habia sido en un principio un culto de familia, legado de padres á hijos; pero en el espíritu cultivado de Mr. Jorge, esta fé transmitida se habia inflamado con todos los sentimientos de admiracion que le inspiraban el génio de Racine y el de Pascal. Hallándose en Paris en la época del terror, habia podido reunir en ese tiempo de dilapidacion de las grandes fortunas, los retratos contemporáneos de los grandes hombres de Port-Royal, de los libros anotados por ellos y de los autógrafos de sus manos; cuantas veces, cuando yo habia estado atenta á sus lecciones de gramática y de francés, me mostraba por recompensa uno de esos viejos volúmenes tan preciosos para él, me leia algunas de sus páginas; me las comentaba, se indignaba contra los jesuitas, y me probaba con argumentos irresistibles, el buen derecho de los jansenistas! yo penetraba entonces muy poco el fondo de estas cuestiones; pero me seducia la forma que les habia dado Pascal. Al hallarme enfrente de estos retratos, y en medio de estos libros que todos habian pasado por mis manos, creí sentir renacer mi adolescencia, y no pude menos de llamar la atencion y la memoria de mi querido maestro hacia aquellos felices tiempos ya transcurridos. Al escucharme se levantó y me invitó á continuar mi paseo por los Aigalades. — Yo tambien voy á ese paseo todos los dias, me dijo, para gozar de la vista del mar, mas estensa que la que disfruto desde aquí; apoyaos en mi brazo, andando hablaremos. Salimos de su linda quinta, y pronto nos hallamos en el camino real de los Aigalades, cuyo añosos árboles forman una bóveda sombría, impenetrable á los rayos del sol.

—Os acordais, mi querido maestro, le dije mientras caminábamos, del gran patio de la casa de mi padre donde nos sentábamos á la sombra de los hermosos árboles de Judea, cuyas ramas purpúreas pendian sobre nuestras cabezas como sartas de coral? Cuantas historias maravillosas y trágicas me habeis contado en ese sitio! Allí me contasteis las tradiciones y crónicas de la Provenza; el crimen del presidente Entrecasteaux y las catástrofes mas recientes de que habiais sido testigo. Vos fuisteis quien me hizo amar á Carlota Corday; la habiais visto, me deciais, marchar al suplicio risueña, hermosa, resignada; y de ese mismo modo se me ha presentado, reanimada por vuestro recuerdo, cuando he querido pintarla en mis versos.

—Ah! tambien esa fué una santa, exclamó Mr. Jorge, no segun la iglesia, sino por su amor á sus semejantes, y por ese entusiasmo del bien que proceden tambien de la fé cristiana.

—Otro drama que se presenta frecuentemente á mi imaginacion, añadió, es aquel cuyos pormenores os pedia con avidez, cuando siendo muy niña todavia, os veia todas las tardes venir á sentaros en los bancos del patio,

para leer el diario que contenia los debates de ese proceso sangriento.

—Que quereis decir? murmuró Mr. Jorge temblando de repente.

—Pero el proceso de los asesinos de Fualdés?

Mírome con aire extraño; en seguida, temblando todos sus miembros, añadió:

Sois jóven y fuerte, hija mia, y no sabeis que ciertas emociones pueden hacer morir á un anciano. Olvidemos á los hombres, sus pasiones y sus crímenes, y gocemos de la naturaleza tan fresca, tan seductora, en esta deliciosa campiña, y en tan hermoso dia de otoño. Esfórzose por sonreír, pero su semblante no recobró la expresion de serenidad y alegría que le habia animado desde nuestro encuentro. Entretanto llegamos al fin del camino. El palacio de los Aigalades no es un edificio fastuoso y regular que tenga la pretension de imitar algun palacio real, pero es mucho mejor, porque es una romántica habitacion rodeada de los mas graciosos caprichos del arte y de la naturaleza. Hacia el N. en sus bosquecillos se ven kioscos, estatuas, sauces llorones, que se reflejan en la onda murmurante de una cascada. Al medio dia, en sus vastos jardines, surtidores de agua, prados en miniatura llenos de las flores mas raras, árboles centenarios y arbustos olorosos que se mezclan, se confunden, desafian la descripcion, y forman un conjunto encantador y siempre nuevo. Desde el terrado de esta risueña morada se domina toda la campiña marsellesa. La ciudad, el puerto, aparecen á la derecha; la mar, sin márgenes como el cielo, se desarrolla en todo el horizonte, aunque á una legua de distancia, parece como un estanque azul bañar los límites de los jardines. Cuando llegamos á los Aigalades, el viento que por la mañana soplaba con tanta violencia, habia calmado enteramente. Desde lejos, las olas todavia agitadas parecian tranquilas y limpidas, y el sol que empezaba á declinar las teñia de color de púrpura.

Qué espectáculo tan sublime! Cuán deliciosamente se pasan las horas sentado en un banco de mármol entre jazmines y rosas, ó bien recostado en una de esas grutas misteriosas, asilo de alguna divinidad mitológica, donde no penetra la luz sino velada por una cortina de flores, pero desde donde la vista abarca el espléndido panorama del mar y del cielo! En una de estas grutas descansé yo, colocándose á mi lado mi querido maestro en un asiento formado de mariscos. Aun permanecia sombrío y silencioso.

—Qué lugubre pensamiento se ha apoderado de vos? le dije; cualquiera que sea, desechadlo; pues yo al menos al hallarme enfrente de semejante espectáculo me siento dispuesta á una inefable serenidad de corazón.

—El mundo exterior nada puede sobre ciertos recuerdos, me dijo.

—Tal vez hablándome de lo que os entristece, vuestra alma se afecte menos con esos recuerdos.

—Qué curiosa sois! contestó sonriéndose.

—Si, confieso que soy curiosa en materia de historias, y en este momento mas que nunca me encantaria cualquier historia muy terrible ó muy tierna.

—Pues bien! hablaré, dijo como haciendo un esfuerzo y violentándose; conozco que por lo mismo que estos recuerdos me atosigan, necesito depositarlos en otra alma que se interese por ellos y sufra á su vez:

«He vivido en Paris durante mi juventud; y en él he hecho mis estudios. Desde mi niñez contraje amistad con un hombre que no nombraré y si el curso de mi narracion os lo hace adivinar, guardad silencio: no puedo, ni quiero oír pronunciar este nombre. Le llamaré mi amigo Felipe; todo lo que yo tenia de reflexivo y estudioso, tenia él de festivo y ligero; buen mozo, decididamente amable, y de talento despejado amaba la vida, la fortuna, el amor. A los 19 años salimos ambos del colegio; él fué destinado

por su familia á la magistratura, y yo continué estudiando libremente para proporcionarme una carrera independiente. Nos veíamos con frecuencia; su carácter expansivo me cautivaba como un contraste del mío, siempre predispuesto al recogimiento; todos los años, durante las vacaciones, hacíamos juntos un corto viaje.

«Un año, el de 1790, quisimos ver la Normandía, sobre todo Ruan que ejercía sobre mí la virtud del imán. Pascal y su familia habían vivido en esta ciudad y me parecía á mí que iba á descubrir en ella vestigios de su paso. Felipe, dejándome el cuidado de explorar lo pasado se entregaba todo á las alegrías de lo presente; tenía el carácter naturalmente caballeresco y aventurero, aunque muy positivo en sus amores; en toda aventura buscaba el encanto de lo imprevisto é inesperado.

«Gustábame con pasión la campiña de Normandía, y mi amigo no rehusaba seguirme; cada pueblo, cada alquería, le ofrecía alguna beldad campestre, á quien poder cortejar. Un día, después de una larga escursión por los hermosos prados llenos de manzanos, que constituyen la riqueza de estas provincias, llegamos cerca de una aldea llamada los Ligueries; situada en las márgenes de un río limpio y estenso, y sombreada por robustos árboles, esta aldea tenía todas las apariencias de la dicha y de la tranquilidad; fuera de sus muros veíase á mano izquierda un inmenso prado donde pastaban algunas vacas blancas. El río, en su fuga rodeaba este prado con un ceñidor argentino, y un espeso vallado indicaba su curso. Al mediodía de este gran prado una calle formada por robustos manzanos cargados de fruto conducía á una casita que distinguimos al través de los árboles. Era una mañana de setiembre, el cielo no tenía una nube, el aire conservaba un calor templado, la naturaleza parecía reposar á nuestro derredor; no se oía mas que el ligero ruido que hacían las vacas mas próximas al ruminar la yerba de aquel prado. Nos aproximábamos ya á la tranquila habitación, cuando al pie de uno de los hermosos manzanos de la entrada descubrimos á una joven sentada, que leía; como caminábamos sobre un terreno cubierto de césped, no oyó el ruido de nuestros pasos, y pudimos examinarla sin ser vistos: tenía vestido de seda color de rosa que formaba un bello contraste con el verde del césped, y cuadraba perfectamente á su tez animada por la juventud y la salud, una pañoleta de muselina blanca cubría su seno; sobresus rodillas descansaba un sombrerillo de paja y un gran ramo de rosas recién cogidas. Los mil bucles de sus abundantes cabellos castaños acariciaban su frente y descendían hasta el cuello, sus ojos bajos tenían las pestañas mas largas que he visto en mi vida; todas sus facciones eran nobles, de raza normanda, pero distinguida. Cuando estuvimos en frente de ella, levantó la cabeza, contestó á nuestro saludo con una graciosa sonrisa, y fijó en nosotros sus ojos azules, los mas hermosos, los mas penetrantes del mundo; después, cerrando su libro se levantó y dijo con amabilidad: «Sois viajeros, parece que estais fatigados del camino; si quereis entrar á descansar en casa, mi padre y mi hermano volverán pronto de caza, y á dicha tendrán ofreceros algunas horas de hospitalidad.» La seguimos, y ella marchando delante de nosotros elegante y ligera, ostentaban su talle lleno de nobleza. «Estoy perdidamente enamorado de ella,» me dijo quedo Felipe; y yo tambien aunque nada decia, estaba encantado de tan celestial criatura.

La casita en que entramos nos hubiera parecido solamente una cabaña, si encima de la puerta cimbrada un escudo de armas esculpidas no nos hubiera anunciado la morada de un hidalgo campesino. La joven nos introdujo en una sala del piso bajo, donde una niña que ella dijo ser su hermana, estaba ocupada en coser. Dos grandes retratos colgados en la pared, escopetas de caza, algunos sillones de juncos, una mesa, cortinas

blancas, formaban todo el ajuar de esta pieza. La ventana que la alumbraba daba á la calle de manzanos, y tenía por perspectiva limitada la gran pradera.

«Mirad nuestras vacas que vienen del pasto, nos dijo la joven; á falta de viandas delicadas podemos al menos ofreceros excelente leche.» Algunos instantes después una anciana que había conducido las vacas al establo, entró en la sala, trayendo un cuenco de leche espumosa.

«Marta, le dijo la joven, nuestros cazadores no deben tardar en llegar; poned la mesa y el cubierto de estos caballeros, pues almorzarán con nosotros.» Y mientras que la vieja normanda, que parecía ser la única criada de la familia, cubría toda la mesa de frutas, de carnes saladas, queso y leche, nos dábamos á conocer á nuestra huésped. Mi amigo nombró á su familia rica y noble; alegaba sus títulos á una hospitalidad amable con bastante fatuidad y como un hombre seguro de sí mismo dirigía á la joven cumplimientos que ella escuchaba con aire indiferente. Por lo que hace á mí enteramente cautivado por este cuadro de una vida de familia pura y tranquila, que ella animaba con su presencia y embellecía con su hermosura, me recogía dentro de mis propias sensaciones.

Nuestra linda huésped había dejado sobre una silla el libro que la habíamos sorprendido leyendo; aprovechando un momento en que no me observaba pude mirar su título, era este el *Contrato social* de Rousseau. Dejé escapar una exclamación de sorpresa. ¿Cómo! esta joven oculta en una soledad campestre se interesaba por las grandes cuestiones que preocupaban entonces á la sociedad? Me atreví á manifestarle mi asombro.

Mi amable huésped me contestó sonriendo: «Sereis de esos que no quieren que la muger abandone nunca la aguja y la rueca? Porque quereis negarnos el conocimiento de esos bellos sentimientos, de esas generosas utopías que harán un día la felicidad de la humanidad?» Y entonces con una elocuencia sencilla y apasionada me habló de Reynal, de Montesquieu y de Rousseau, sus tres autores favoritos. Mi amigo parecía hallarse muy disgustado del giro que había tomado la conversacion, porque de este modo quedaba como olvidado ó por lo menos no llamaba la atención de la que le había cautivado y á quien por lo mismo quería cautivar á su vez. Mientras hablábamos, los ladridos de dos perros nos anunciaron la vuelta de los cazadores; entonces nos levantamos y la joven salió al encuentro de su padre, á quien dijo algunas palabras para anunciarnos. Llegóse á nosotros y nos saludó cordialmente. Era este un hombre de cincuenta años, enjuto de carnes y de elevada estatura; su rostro era triste y noble y toda su persona estaba llena de dignidad.

«Mi hija Carlota ha hecho bien, nos dijo conduciéndonos á la sala, en ofreceros que participeis de nuestro frugal almuerzo; y si un día de campo no os desagrada, os propongo como una compensación de este pobre almuerzo, que hagais honor, comiendo con nosotros, al producto de nuestra caza.

Y hablando así sacó de su zurron cinco ó seis perdices y una docena de zarcetas que entregó á la criada.

Nos colocamos al rededor de la mesa, y durante el almuerzo, quise continuar con Carlota la conversacion que la llegada de los cazadores había interrumpido. Entonces ella me hizo guiñándome el ojo, una seña que no comprendí, y así continué hablando sin saber que cometía una imprudencia.

«Oh! oh! me dijo el padre sonriendo, mi hija os ha comunicado sus ideas quiméricas, de sus esperanzas de renovacion social. Esos locos de filósofos, que siempre está leyendo, le han vuelto el juicio, y poco contenta con ser la hija sin dote de un pobre hidalgo, sueña un estado de igualdad perfecta que no haria mas que acabar de arruinarnos.

«No, padre mío, dijo la joven con voz clara y dul-

ce, nuestra modesta posicion está al abrigo de una desgracia que teméis; la revolucion que debe hacerse en favor del pueblo no puede alcanzar á los que viven humilde y pobrememente como el pueblo.

—Gracias por el paralelo! replicó el hidalgo levantando orgullosamente la cabeza, afortunadamente, hija mia, tu padre Jacobo Francisco de Corday Armont, nada tiene de comun con el populacho cuya emancipacion sueñas, y espero que vuestro hermano, como leal servidor de su rey, irá á rehacer en la corte nuestra descalabrada fortuna.

El jóven hasta entonces silencioso, contestó á su padre con protestas de obediencia; pues, como él, estaba imbuido en las ideas aristocráticas, y solo se parecía á su hermana en las facciones nobles y distinguidas.

—La pobreza no es un vicio, replicó la jóven con tono noble y decidido, por el contrario nos eleva haciéndonos comprender mejor las miserias de nuestros semejantes y disponiéndonos á compadecernos de ellas. Mirad á nuestros antepasados Pedro y Tomás Corneille, añadió señalando á los dos retratos colgados en la pared, eran pobres como nosotros, y dejaron por eso de ser grandes hombres?

—Es verdad, es verdad, murmuró el hidalgo; pero á pesar del respeto que tributo á su genio, no puedo menos de llevar á mal que con sus tragedias republicanas hayan atestado tu cabeza con multitud de máximas opuestas á mis principios: tu difunta madre pensaba como tú, y esto daba lugar á continuas cuestiones entre nosotros.

La jóven se levantó y abrazó tiernamente á su padre como para cerrarle la boca. El hidalgo depuso todo enojo con las caricias de su hija, y nos invitó á que recorriéramos su posesion.

—No la hay mas pobre en toda la Normandía, añadió sonriendo tristemente.

En efecto, toda la posesion del caballero de Corday de Armont se componia de cinco ó seis praderas, llenas de manzanos, semejantes á la que habíamos atravesado, y la doble recoleccion de cidra y de heno daba por única renta á la noble familia mil quinientos francos. Pasamos en esa quinta uno de esos bellos dias que jamas se olvidan, y que se destacan, como un cuadro risueño y agradable, de los tristes dias sin cuento que amargan nuestra vida. Mi compañero experimentaba una alegría loca, la hermosura de la jóven Carlota le embriagaba y gozaba de la felicidad de las horas presentes como si debieran durar siempre. Yo estaba á su lado triste y silencioso y penetrado de una dulce emocion.

Por la tarde, cuando tuvimos que despedirnos de nuestros huéspedes, el rostro de Felipe se inmutó y vi sus ojos llenos de lágrimas, y tuve que sostenerle. En el momento de la despedida, Carlota vino á proveer nuestros sacos de viage de hermosas manzanas doradas que ella misma habia cogido, y al volver á pasar por la calle de árboles donde la habíamos hallado aquella mañana, me tuve por dichoso al poder recoger sin ser visto el ramo de rosas que ella habia dejado sobre el cesped. Todavía lo conservo, añadió mi maestro con emocion; es una reliquia que jamas he abandonado. También guardé las pepitas de las hermosas manzanas que nos habia dado, y aun cuando no me creais, os diré que por una filiacion de horticultura que seria largo explicar, las manzanas que acabais de ver en mi cercado proceden de aquellas.

Cuando nos hallamos algunos pasos distantes de la aldea de Ligueries, mi amigo se arrojó en mis brazos suspirando. «No quiero alejarme mas, me dijo, amo á esta muger, y no puedo resolverme á dejar de verla todos los dias, y mucho menos á renunciar al proyec-

to de que me ame.» Combatí esta idea como insensata, y á fuerza de racionios y de instancias, le decidí á seguirme á Argentan, pequeña aldea vecina, donde debíamos pernoctar. Allí encontramos una carta de su padre que lo llamaba á Paris. Fué preciso obedecer, y pronto las distracciones del mundo parecieron haber borrado del alma de Felipe el recuerdo de la jóven de Normandía.

Al despedirnos del caballero de Corday de Armont nos suplicó, y nosotros le prometimos, que volveríamos á verle si la casualidad nos llevase otra vez á Normandía, y mi amigo y yo habíamos resuelto apresurar este regreso; pero nuestros estudios, los negocios, los asuntos políticos, la incertidumbre de la vida en un tiempo en que todas las posiciones iban á ponerse en cuestion, nos impidieron realizar este deseo, que guardábamos en el fondo del corazon para mejores dias.

Tres años habian transcurrido; nos hallábamos llenos de terror; de mi familia los que no habian muerto, estaban espatriados. Qué hacer? Cómo vivir con mi carácter tímido tan impropio para hacer carrera? Felipe, lanzado en los negocios y el movimiento de la época, tenia amigos en la Convencion; él mismo era un furioso jacobino, individuo del jurado revolucionario que algunos meses mas tarde, se cambió en tribunal permanente, y ejercia en el interior del palacio de Justicia cierta autoridad. Solicitó para mí una mezquina plaza de hugier, y tuve la debilidad de aceptar. Cuántos espectáculos sangrientos debian pasar delante de mis ojos, y transformarse mas adelante en remordimientos para atormentar mi vida! Si hubiese tenido mas valor, si el filósofo no hubiera vencido en mí al hombre de accion, me hubiera alistado en cualquiera de nuestros ejércitos y hubiera buscado en el ejercicio de soldado un pedazo de pan y un asilo. Ay! yo no era mas que un pobre visionario! Necesitaba vivir, y acepté cobardemente el empleo que Felipe me dió.

Cuántas nobles victimas vi marchar al suplicio, cuántas veces, sentado silencioso en medio del jurado temible, oí resonar esta funesta palabra: *la muerte!* repetida de boca en boca como el eco de una sentencia inevitable! Aparte este horroroso espectáculo que me encadenaba á la sangrienta realidad, vivía muy poco en lo presente: huía de los clubs, de los parages públicos; jamas leía los diarios y no tenia intimidad mas que con Felipe. El cultivo de las flores era mi única distraccion y vivía en un barrio desierto. Sin embargo, una tarde cuando regaba mis flores en la azotea, subió hasta mí la voz del pregonero, que anunciaba el asesinato de Marat cometido por una muger, cuyo nombre no pude percibir. Al dia siguiente, fui llamado al tribunal, muy temprano. Cuando llegué, ya estaba reunido el jurado, y Felipe formaba parte de él. Presentóse la ACUSADA. Dejé escapar un grito penetrante: era ella! la jóven de Ligueries, Carlota Corday de Armont! Miré á Felipe; estaba estremadamente pálido, temblaba como un azogado, y tenia los ojos bajos. Me diriji á él y le sacudí de un brazo violentamente.

—Con qué es ella! le dije. Qué vais á hacer? No podeis contribuir á su muerte!

—Lo sé, balbuceó débilmente.

—Salid, le dije, huid!

—Ay! por ventura puedo hacerlo, cuando ya me han visto?

El tribunal abrió la sesion, y yo me vi obligado á volver á tomar mi puesto. Mientras duró el interrogatorio de Carlota, su hermosura que el heroismo hacia divina, su mirada, su gesto, su voz me dejaron inmóvil; cada una de sus enérgicas respuestas me causaba una satisfaccion entusiasta que me hacia casi olvidar la suerte que la esperaba; pero cuando las palabras de la victima hicieron palidecer á sus verdugos, y estos á su vez, dueños ya de su destino, se preparaban á pronunciar su senten-

cia, me aproximé á Felipe que evitaba cuidadosamente convulsivamente la silla en que estaba sentado; su sem-
mis miradas, mientras sus dedos crispados apretaban blante estaba lívido.—El jurado, sin levantar la sesión,



deliberó un instante por mera fórmula, y en seguida cada uno de los individuos que lo componían votó por su orden, diciendo con voz firme: *la muerte!*

Cuando llegó su vez á Felipe dijo también como los demás: *la muerte!* Yo no pude oír más, porque caí en el suelo desmayado: cuando volví en mí, se llevaban á la acusada. No sé si ella nos había conocido, pero me pareció que al salir nos dirigía una mirada de desprecio.

Aquella misma tarde dejé á Paris, y durante algún tiempo anduve errante por varios departamentos; después me retiré á Aix, de donde era oriunda mi familia. Entonces principié á dar lecciones de gramática y de escritura.

Catorce años transcurrieron en este estado y en todo este tiempo no volví á ver á Felipe; sin embargo yo no había perdido sus huellas: en tiempo del imperio entré en la magistratura; en la época de la restauración, ascendí y fué nombrado primer magistrado de una ciudad del Mediodía. Una mañana, al abrir mi diario, leí en él una espantosa relación: un hombre había sido asesinado de una manera atroz, horrible, porque le habían aplicado en su larga agonía todos los tormentos conocidos en la edad media. Este hombre había sido atraído á un lupanar, donde entró creyendo hallar en él á una abyecta, pero seductora criatura, que vi más tarde, y cuya extraña semejanza con la joven de Ligueres me llenó de asombro y de dolor. Allí entró á pesar de su edad y de los recuerdos de lo pasado que debían haberle hecho grave, pero en lugar de algunas horas de embriaguez, encontró la muerte, pero muerte atroz y bárbara, le pusieron una mordaza, lo ataron á una mesa, y lo acribillaron á puñaladas. Una horrible vieja, la dueña de la casa, batía su

sangre espumosa, en una cubeta y la daba á beber á sus cerdos haciendo mil ademanes obscenos. Los hijos de esta muger, encerrados en un gabinete inmediato, pudieron recoger los pormenores de este horroroso espectáculo. Mas tarde, me dijeron que les pareció oír una palabra ahogada, de la víctima, y que al espirar, balbuceó el nombre de Carlota.—Cuando se enfrió el cadáver, lo arrojaron al río.

—Ay! exclamé involuntariamente, ese juez de Carlota Corday, ese hombre asesinado era Felipe, era...

—Silencio, me dijo mi maestro, con tono de autoridad y sellando con su mano mi boca; os he suplicado que no lo nomeis.

Durante algunos minutos guardó silencio, mientras que yo, entregada á la emoción que acababa de despertar en mí, permanecí inmóvil con la cabeza inclinada.

El aire fresco que penetraba en la gruta me hizo advertir que los últimos destellos del crepúsculo anunciaban la proximidad de la noche. Nos levantamos, y sin hablar una palabra, atravesamos rápidamente el jardín y el paseo de los Aigalades. Mi coche me esperaba cerca de la casa de mi querido maestro, quien antes de ayudarme á subir, me estrechó paternalmente en sus brazos.

—Adios, hija mia, me dijo con tono enternecido, no me olvideis; vuestras cartas, vuestro recuerdo serán para mí un consuelo en los pocos días que me restan de vida.

Prometí escribirle, y separándome con harto sentimiento de mi antiguo amigo, volví á tomar el camino de Marsella.

LUISA COLET.

ESTUDIOS MORALES.

EL REINO DEL GENIO NO ES DE ESTE MUNDO.

I.

VILLAGARCIA. EL PRIMER ENCUENTRO.

Antes de sepultarse Carlos V en el monasterio de Yuste, habia legado á Felipe, con su vasto imperio, multitud de leales servidores, dispuestos á servir al hijo como habian servido al padre, con sus cabezas y sus brazos así en los consejos como en los ejércitos. Pero entre todos ellos el mas apasionado era sin duda don Luis Quijada, gran comendador de Castilla, bravo soldado de corazón de león y de niño, á quien Carlos profesara particular estimación, menos quizá por el ascendiente de su talento que por la confianza de sus debilidades. Don Luis mostró al hijo toda la idolatría que habia profesado á Carlos V. Además era un caballero español de nobleza antigua, grave y magestuoso, como un retrato de Velazquez, y que habia adquirido en su vida rústica y campestre, cierta franqueza y honradez á que facilmente se acomodaba el monarca disimulado. Así Felipe II, soberano á la manera de Luis XI, parecia deponer con el parte de su reserva habitual y tratarle como favorito.

Don Luis Quijada pasaba todo el tiempo de que le permitia disponer su servicio cerca del rey, en su castillo de Villagarcía, cerca de Valladolid, ocupado de la educación de un huérfano á quien Magdalena Ulloa, su noble esposa, profesaba tambien un entrañable cariño.

Nadie en el castillo, ni aun el confesor de doña Magdalena, sabia del niño mas noticias que las siguientes:

Un día del año 546, mientras Carlos V estaba en Ratibona y todos suponían á don Luis al lado del emperador, llegó aquel al anochecer, sin acompañamiento, sin un solo escudero á Villagarcía, llevando en sus brazos y debajo de su capa al niño Juan que daba débiles gritos como un recién nacido. Don Luis se encerró breves momentos con doña Magdalena y en seguida marchó cuando ya habia cerrado la noche. Observóse que su caballo estaba cubierto de espuma y que no llevaba sobre sus arneses las armas de la casa de Quijada. Muchos fueron los comentarios que circularon en el castillo y en las cercanías acerca de este niño misterioso; pero el tiempo los desvaneció poco á poco y solamente se reproducian algunas veces á las preguntas indiscretas de algun extranjero.

El niño, que se llamaba Juan, fué educado en el castillo bajo la vigilancia y cuidado de doña Magdalena, mujer noble y sencilla que se presentaba con resignación en la corte todos los grandes días de etiqueta, pero solamente se hallaba feliz en la soledad de Villagarcía con su vida melancólica y ese foco de ternura seria, al cual hubiera convenido tener por alimento las magnificas alegrías de la maternidad. Doña Magdalena se dedicó á querer á Juan como al hijo de sus entrañas y preparó el desarrollo de sus primeros pensamientos y su tierna inteligencia. Ella fué la madre de su alma y tomó sobre él un ascendiente de alta razon, cuyos efectos esperimentó hasta el fin de su carrera.

Quijada no le queria menos que ella. En medio de

un incendio que estalló en su castillo, se le vió salvar al niño antes de acudir á su mujer y no cuidarse despues de las llamas que devoraban la morada de sus antepasados: mas tarde procuró formarlo para todos los ejercicios que entran en la educación de la joven nobleza y para esa lealtad de que él mismo era el mejor maestro.

Juan sobrepujó pronto por su destreza en todos los ejercicios á los rivales que le habian dado para escitar su emulación. Nadie jugaba mejor al florete, nadie corria mejor la sortija, manejar una lanza ó domar un caballo.

Quijada le contemplaba con estremada alegría llena de ternura; si bien el reverendo padre encargado de instruir á Juan en las letras se felicitaba poco por los progresos de su discípulo. Juan se contentaba con ser valiente como César y no amaba su lengua. El latín y los libros le repugnaban mucho. Quijada se prometia inculcarle severamente la necesidad de los estudios que se le imponian; pero al verlo olvidaba siempre sus proyectos de severidad, y se entretenia en contarle los hermosos hechos de armas de los grandes guerreros con quienes habia vivido, en la época del emperador, como él decia con énfasis. Juan le escuchaba con entusiasmo, y Quijada se retiraba diciendo para sí: que despues de todo no era muy culpable el niño; que no tenia necesidad de saber latín como un clérigo, no debiendo ser papa; que por otra parte él mismo jamas habia podido descifrar una palabra de esa gringuería, y que no por eso dejaba de ser reputado como buen católico y hombre de sana razon.

Juan tenia por compañeros de sus juegos y ejercicios á los hijos de los nobles de las cercanías, y Quijada, que fomentaba todo lo posible estas reuniones, los organizó regularmente é instituyó premios para recompensar al mas valiente y mas diestro, en términos que hasta los hombres se interesaban en estos juegos de niños, y en los principales días de reunion asistian las damas con sus maridos, cada una engalanada con sus mas brillantes adornos.

En estas especies de torneos que tanto cuadraban al caracter caballeresco de los españoles, Juan se habia conquistado un lugar que nadie pensó en disputarle, el primero. La costumbre de su superioridad habia adormecido hasta los celos que pudo en un principio haber despertado: ya no luchaba sino por cortesía, y aun se llamaba vencedor el que lo era despues de él.

La mas solemnes de estas justas se verificaba á mediados de setiembre. En medio de un circo formado por grandes encinas verdes y por el follaje espeso de las caltupas, se presentaban los justadores, ostentando sus preseas y el color de sus divisas. Juan desplegaba siempre su gracia y su destreza habituales, pero tenia un rival digno de él, un joven cuyos vestidos sencillos contrastaban con el elegante adorno de los de sus rivales. Este campeón seguia paso á paso á Juan en todos sus mas maravillosos golpes y atraía sobre sí todo el favor que se dispensa á una nombradía nueva que se coloca al lado de una antigua reputacion establecida.

En uno de estos torneos apenas pudo Juan disimular su despecho al ver que ya no era él solo quien ostentaba la divisa de la victoria, ni quien solo atraía las miradas de las hermosas: para él esta particion de sus triunfos equivalia á una derrota. Deseoso de conocer á su feliz rival, pregunta su nombre; pero nadie le da razon, nadie

puede satisfacer su curiosidad; lo único que averigua es que hace algunos días se hospedó en el monasterio del Espino y que el subprior era su tío.

Algunos instantes después, Juan que no acertaba á apartar la vista de su competidor, le ve retirarse pausadamente á caballo por un sendero por donde solamente se aventuraban á ir algunas veces los peones: Juan monta también á caballo y le sigue.

El sendero por donde caminaban no podía agradar mas que á los ladrones ó á los poetas, tantos eran los obstáculos y contrastes que la naturaleza había sembrado en él; era un sendero tal como Luis XI hubiera querido que hubiesen sido todos los que conducían á su castillo de *Plessis-les-Tours*. Apenas penetraba en él la luz del día. El terreno, compuesto de hojas muertas que formaban bajo los cascos de los caballos un sonido chillón tenía como el mar sus arrecifes y sus corales; aquí y allí algunas ondulaciones de yerbas altas y espesas indicaban la presencia de un arroyo invisible de que era menester desviarse. En fin, en un parage en que estando los árboles mas claros parecían anunciar el límite del bosque, un ancho precipicio abría sus flancos cortados; para salvarlo, no se presentaba otro recurso que el de una vieja haya atravesada en el abismo. El primer viajero que continuaba marchando sin reparar en los obstáculos del camino ni en el compañero que seguía obstinadamente sus huellas, pareció no apercibirse del peligro á que se esponía sobre aquel puente arrojado con tan temerario descuido. Soltó la rienda de su caballo y cayó al instante de la bestia el cuidado de conducirlo.

Juan, parado en el borde del derrumbadero, le seguía con la vista, con el horrible interés y las palpitaciones de pecho que se experimentan al ver á un hombre dormido caminar tranquilamente por la orilla de un precipicio; pero cuando le vió llegar sano y salvo al extremo de su puente de corteza en que hubiera debido hallar veinte veces la muerte, ya no experimentó por él mas que un sentimiento de odio profundo, y tomando un poco de campo, hincó sus dos espuelas en el vientre de su caballo, le obligó á salvar el barranco dando un salto que hubiera parecido imposible, y vino á caer allado del desconocido.

—Al diablo el importuno! murmuró el otro como si saliera de un sueño, no volveré á hallar otro mejor..... Después, reconociendo á su adversario, le dijo haciendo un gracioso saludo:

—Dios os guarde, señor.

—Sois hidalgo? le preguntó Juan bruscamente y algo conmovido todavía del salto que acababa de dar.

Su interlocutor á la mirada de la pregunta que le dirigía, vaciló antes de responder:

—Si no hubiera tenido derecho á este título, no hubiera medido mis fuerzas con las vuestras.

Juan se mordió los labios y continuó:

—No sois de este país? De donde sois?

—De Alcalá de Henares, cerca de Madrid.

—Y que hacéis?

—No sé por qué os respondo, contestó; concluyo mis estudios en Madrid bajo la dirección de don Juan Lopez, un profesor distinguido y que deseo para vos. Este hombre os enseñaría muchas cosas útiles, entre otras á hablar bien y á callaros.

—Entiendo, señor; y el nombre de vuestro padre?

—Por san Miguel mi patrono! no creí que tenía tanta paciencia, dijo el joven parando su caballo. Mi padre, añadió, mi padre se llama Rodríguez Cervantes de Saavedra, lo que no podéis decir del vuestro.

—He ahí un buen insulto que merece una buena estocada. No os parece así? dijo Juan; y apeándose aceleradamente de su caballo desenvainó su espada.

—Como gustéis, dijo el otro, y se apeó también tranquilamente; pasóse en un brazo la brida de su caballo y con el otro se puso en guardia.

TOMO III.

Evidentemente este adversario impasible y frío, ocupado solamente en separar la hoja que amenazaba á su pecho, tenía gran superioridad sobre Juan que dirigía sus estocadas impetuosamente sobre él, cuidándose apenas de cubrirse. Sin embargo, él fué el primero que recibió una ligera herida en el hombro; pero entonces cambió de papel. Sus ojos se animaron y en pocos segundos Juan estaba desarmado.

—Ahora, dijo mostrándole su hombro con franca sonrisa, vuestra espada ha pagado mi palabra. Estamos en paz, perdonadme.

—Dadme vuestra mano, dijo Juan; quiero mas ser vuestro amigo que vuestro enemigo, y es menester que sea lo uno u lo otro.

Ambos jóvenes volvieron á montar á caballo y se pusieron á hablar de los deseos y esperanzas que cada uno de ellos abrigaba, por que estaban en una edad en que se desea y se espera.

—Yo, decía Juan, seré soldado; por que este es un excelente oficio. Don Luis, mi protector, dice que no hay otro que le iguale. Y ha prometido darme hombres para mandarlos, y lo hará como lo dice; por que es muy poderoso. Comprendeis? Decir una palabra y verse obedecido, ser temido por hombres que se hacen temer á su vez, mandar, en fin, es una felicidad inmensa, á la cual con gusto me preparo. Muchas veces me figuro que mis compañeros son mis soldados y los hago marchar..... esto me instruye. Oh! la guerra! la guerra! y después llegan los días de batalla, los días de fiesta, y recibe uno algun grado ó alguna condecoración. Oh! esta vida es muy alegre, somos fuertes y sostenemos al débil, nos batimos por la buena causa, y cuando la hacemos triunfar, como si no fuésemos bastante recompensados con la victoria, hay personas que nos bendicen. Y después de todo esto, nos hacemos célebres, el rey sabe nuestro nombre; Tal vez algun dia nos hable..... el rey!

—Olvidais muchas cosas en esa vida, contestó su compañero. Mandais algunos hombres; pero hay otros muchos que os mandan á vos, y de estas dos situaciones, la una no compensa la otra: y después, como decís muy bien, llegan los días de batalla. En estos dias, no sois precisamente el sostén de la debilidad ó de la buena causa; otro es el móvil que os hace combatir; es por ejemplo la ambición que tiene algo de malo, ó la gloria, que tiene mucho de incomprensible; y sobre todo, es la orden del general que os dice que avanzéis..... sin comentario. Entonces, si una bala os rompe la cabeza, no digo nada; en hora buena; pero si descarriada, va á dar contra el hueso de un brazo ó de una pierna á Dios celebrad! el rey no sabrá vuestro nombre, ni tendreis mas que la alegría de haber sido vencedor, no tendreis ni aun el consuelo de morir. Seréis un inválido, es decir, un hombre que necesita del auxilio de los demas, un hombre destinado á contar á los niños historias que los niños se fastidian de oír siempre. Esta existencia es muy triste.

—Sois joven y habláis como viejo, dijo Juan. Pues bien! que hareis? añadió, y ante todas cosas en qué estabais ocupado cuando vine á interrumpiros?

—Acababa, respondió Cervantes, la respuesta de una persona muy modesta, la Violeta, á una orgullosa señora, la Rosa. Hacía lo que quiero hacer siempre, componia versos al objeto de mis pensamientos. He aquí en que consiste mi felicidad. Irme por donde quiera, libre como el aire, mirando al cielo, mirando á los árboles, abierto á las ideas que quieran venir á mí, recibíendolas como huéspedes, y no abandonándolas sin haberlas nutrido y vestido lo mejor que pueda. Esta vida es la que me agrada, independiente como ninguna otra. Después vendrá dia en que todos estos pensamientos, hijos queridos vuestros, que habeis guardado tanto tiempo dentro de vos, se harán hombres y los entregareis al mundo.

El mundo, según la forma que han adoptado para presentarse á él, se apiña por ellos en una sala, ó por ellos también se recoje y se aísla, y aplaude en ellos á su padre.

—Creo comprenderos, dijo Juan; sois eso que se llama un poeta. Teneis dinero?

—No, dijo Cervantes, necesito trabajar, pero con poco tengo bastante y Dios mediante, mis obras me lo darán.

—Eso es lo que voy á deciros, contestó Juan; no creo que el ser poeta sea un oficio, al menos un oficio bueno en todas las ocasiones y el cual dé para vivir. El otro día vino al castillo de Villagarcía un hombre que tenía sus vestidos sucios y raidos. Se le dieron otros y además de comer, por qué el pobre diablo se moría de hambre. Este hombre era un poeta que pedía á don Luis permiso para dedicarle una obra. Nos contó su vida que es muy miserable; compone una pieza que es aplaudida por la noche, pero al día siguiente no se la aplauden, y tiene acreedores que le apremian y un librero que no le paga, y come el día que tiene qué. Lámentase mucho de todos sus cofrades que le maltratan en sus escritos, y sin embargo nos ha asegurado que entre todas esas gentes él solo tiene talento. En fin, su lengua no respeta nada, nos ha hablado mal de todo el mundo, excepto de don Luis, á quien con toda idea adulaba. No puedo compararos con este hombre; pero os confieso, que este ejemplar me hace temer por vos. Con los sentimientos que teneis, ¿cómo hareis para vivir? Mucho me temo que la libertad de que me hablais, no sea mas que la libertad de morir.

—Gracias, don Juan, tal vez digais verdad, pero que quereis, así me mezco en mis ilusiones.

—No perdais sin embargo vuestras esperanzas, contestó don Juan, es menester creer en ellas como en Dios. Veo despues de todo que ambos buscamos una misma cosa, vos por medio de la poesia, y yo por medio de las armas; esta es la gloria. Ella se nos presenta á nosotros como á los demas con sus fatales alternativas que no desdennan los fuertes. Por qué no creer en ella!

—Lo que yo buscaba solamente, dijo Cervantes, era la felicidad.

La noche que principiaba á caer, les obligó á separarse, el uno al monasterio; y el otro á Villagarcía.

—Conque, Miguel, ¿no creéis en la gloria? dijo Juan.

—No, Juan, respondió Miguel Cervantes; pero creo en los sueños.

II.

EL MONTE TORO.

Despues de algunos días, Juan recibió de don Luis Quijada, que habia vuelto á Valladolid al lado de Felipe II, una carta que no se cansaba de leer. En ella le decía que al siguiente día lo presentaría al rey que iba á salir de caza al bosque del monte Toro; que se preparase á todo lo que pudiera sucederle, pues este día debía ser para él grande y lleno de cosas imprevistas.

Corrió al lado de doña Magdalena su madre, como él la llamaba, y le contó su sueño, sus esperanzas, toda su felicidad.

—Juan, hijo mio, le respondió esta, mañana indudablemente te sucederá todo lo que desees, y quizás mas todavía. Mañana será para tí un día feliz, pero tambien un día temible. Por primera vez vas á ver al mundo que no conoces. El mundo, Juan, no es como una madre. Para muchos es un enemigo, para tí será peor, un adulator. Es menester que conserves todo tu corazon, Juan, por que el mundo no se pára mucho en esto; ama siempre la verdad, y..... Juan, Juan, no olvides que soy tu madre.

Juan estuvo triste aquella tarde porque doña Magdalena lloraba, y por la noche sus sueños no le presenta-

ron turbas arrodilladas delante de él. Vióse primero page del rey, despues oficial en sus ejércitos, es decir que soñó simplemente en plumas blancas y finas, en espadas de Perez y Salaciel, en caballos andaluces y otras cosas.

Al rayar la aurora del siguiente día, cuando Juan se despertó, vaciló un poco para volver á tomar su vida real. Le sucedía la aventura de Aboul Hassan, el dormilon despierto de los cuentos árabes; hombres á quienes él no conocía se apresuraron en torno suyo para servirle; en lugar de sus vestidos ordinarios halló un rico traje, y mientras se vestía, los vidrios de su ventana rechinaban á las estrepitosas armonías de los cuernos de caza.

Algunos instantes despues montado en un fogoso alazan, acompañaba á don Luis Quijada y se escondía con él en los bosques que cubren los alrededores de Villagarcía y una de las faldas del monte Toro.

Ambos caminaban silenciosos, el viejo caballero entregado á multitud de ideas ora tristes, ora alegres; Juan bajo el peso de todas sus sorpresas y de una enervacion física contra la cual la menor sublevacion del pensamiento le hubiera sido imposible é insoportable; por que en efecto todo á su rededor era silencio y reposo. El zumbido de los insectos en el aire habia perdido sus notas estridentes para no ser mas que sordo y adormecido; y las hojas de los árboles eran apenas levantadas por las últimas corrientes de la brisa de la mañana que huía. Todo pues se disponía para la calma, mientras que á lo lejos los cuernos con sus turbulentas sonatas, parecían batallar con las campanas del monasterio del Espino echadas á vuelo.

Don Luis Quijada y Juan aplicaron al mismo tiempo el oído á un estremecimiento de ramas que se oía en lo mas espeso del bosque, y pronto vieron avanzar con precaucion á un viejo venado cuya inmensa cornamenta estaba cubierta por el follage. El noble animal, turbado desde la mañana en su retiro, buscaba una salida. Paróse delante de ellos, los miró y entró tranquilamente en el bosque.

Entre tanto, á medida que se aproximaban á lo alto de la montaña, el tumulto era mas claro. Los ahullidos salvajes de los perros contestaban lastimeramente á los grillos de los criados, y las voces de los hombres que se llamaban unos á otros echados en tierra, eran contestados por los ecos de las montañas.

Habian llegado á la cumbre del monte Toro. Quijada se apeó del caballo y dijo á Juan que hiciera otro tanto. Entonces aquella vieja cabeza cana que no se habia encochado sino delante de Dios y delante del rey se puso de rodillas delante de don Juan, le pidió con voz ronca permiso de besarle la mano y le dió el titulo de alteza.

Juan lo abrazó tiernamente por la cabeza y le respondió, padre mio!

Cuando volvieron á montar á caballo vieron delante de los ojos un hermoso espectáculo. Los grandes llanos ordinariamente desiertos que se estienden desde el monte Toro á Valladolid, estaban cubiertos á lo lejos de multitud de personas vestidas como de fiesta, las cuales habian salido de la ciudad. Por un prado mas próximo avanzaba la brillante cabalgada de la nobleza española que seguía á su rey, y recostado junto á las altas montañas que bordan el horizonte, el monasterio del Espino, con sus grandes lienzo de paredes negras y los solemnes avisos de sus campanas parecia enviar á todos en medio de la alegría y del orgullo, pensamientos de muerte y de humildad.

La caza principiá, y algunos monteros entraron á gran galope en la alameda de donde salian don Luis Quijada y Juan. Escalonáronse de distancia en distancia, de modo que solo quedase una salida del lado á la bestia que iban á perseguir. Don Luis y Juan se hallaban algunos pasos distantes del grueso de la caza.

El comendador de Castilla se apeó del caballo con

su hijo adoptivo, y lo condujo sombrero en mano á los pies de un hombre que marchaba delante de la comitiva.—El rey! dijo.

Juan no veía ni oía ya; pasaban delante de sus ojos millares de centellas, y en sus oídos penetraba ese zumbido que oye el hombre que se ahoga.

Pronto sintió una mano que le detenía, y hallóse delante del rey de España, quien le preguntó sonriendo si sabía quien era su padre.

Juan se ruborizó mirando á Quijada.

—Vuestro padre, le dijo Felipe, era un hombre grande, hoy es un santo. Nosotros somos los dos hijos de Carlos V; y en seguida lo abrazó. Señores, añadió volviéndose, rendid homenaje á don Juan, príncipe de Austria, nuestro hermano.

Los señores mas próximos al rey que le oyeron solo gritaron:—Viva don Juan! Los que estaban mas distantes juzgaron que el rey mandaba atacar. Inmediata-



Don Juan de Austria.

mente todo se puso en movimiento; los perros desatados partieron, resonaron los cuernos, el ciervo se lanzó al llano, los caballos de los mas jóvenes señores corrieron en su persecucion, á pesar de la etiqueta, y los ahullidos de los perros, los sonidos de los cuernos, los relinchos de los caballos, los gritos de los hombres confundidos en una salvaje armonía, parecía arrastrar en su ruidoso torbellino el campo y los mismos bosques. El rey declaró que estaba terminada la caza, que jamás habia tenido otra mas feliz; y al volver á Valladolid preguntó á su joven hermano su vida pasada, sus gustos y sus deseos.

—A Dios gracias, señor, respondió don Juan, mi ambicion es la que debia tener el hijo de Carlos V y vuestro hermano, quisiera ser soldado en vuestro ejército.

Felipe II que habia reservado á su hermano un capelo de cardenal, no respondió. Cuando el rey pasó por delante del monasterio del Espino, todos los monges salieron á recibirle.

Juan adelantó su caballo hácia un joven que se hallaba en la puerta de la abadía.

—Buenos dias, Miguel, le dijo.

—Buenos dias, Juan, respondió el otro; dicen que se halla aquí el hijo de Carlos V, mostrádmelo.

—Miguel, respondió don Juan, dicen que soy yo, pero todavía no estoy muy seguro de ello.

III.

LEPANTO.

El reino de Chipre, habia caído en poder de los turcos. El Asia, obedeciendo á la ley fatal que da á las ideas, como al Occéano, un flujo y un reflujo, iba á lanzar sobre la Europa las cruzadas con que la Europa la habia inundado. Los principes cristianos á la voz del papa Pio V, que desde una celda de jacobino, habia subido á la cátedra del apóstol, se confederaron, para oponer un dique al azote. En todos los ejércitos mandados por tantos gefes ilustres y reunidos para la defensa de estas dos cosas esenciales, la vida y la fé de las poblaciones, era preciso imponer por el gefe comun algunos de esos nombres poderosos que el pueblo pronuncia con amor; un hombre de ambicion bastante grande para con

tener á todos los demas; un hombre en fin capaz de mandar á los hombres y digno, segun Dios, de conducirlos á la victoria.

La eleccion de los principes recayó en un general ya ilustre por la destruccion de los moros infieles del reino de Granada. Dióse el título de generalísimo con el soberano mando de los ejércitos navales, de la España, de Roma y de Venecia, á don Juan de Austria, jóven en quien la experiencia, esa vejez del alma, podía ya reemplazar á los años.

Don Juan no tenia ya á su lado para que velase por él como una providencia, á don Luis Quijada, su guia: el viejo soldado habia muerto obscuramente en las puertas de Béjar, de un flechazo dirigido tal vez á su hijo adoptivo. Muerto él no quedaba quien se interpusiese entre los fogosos deseos de don Juan y las inquietudes de su terrible hermano y monarca: sino solamente espías encargados de vigilar al tío de don Carlos como habian vigilado al sobrino. Ademas la única muger que le habia amado, María de Mendoza, habia muerto. Parecia que allí donde llevaba sus afecciones llevaba tambien la muerte. Don Juan, pues, envejecia y podia mandar á hombres. Su escuadra, que tripulaban multitud de señores de todas las naciones, se dirigió primero á Génova donde don Juan despues de haber sido cumplimentado por los vireyes de Italia y por los embajadores de las principales potencias cristianas, dióse inmediatamente á la vela para Nápoles, donde el nuncio del papa, el cardenal Antonio Perenotte, le presentó el baston de mando, y condujo en seguida sus bageles al puerto de Mesina, donde se reunió á las escuadras de Roma y de Venecia. El 16 de setiembre de 1571 salió la escuadra compuesta de 210 galeras, 6 grandes galeazas, 25 navios y 40 fragatas, precedida de dos bergantines, que don Juan envió bajo las órdenes del caballero Andrade para reconocer las fuerzas de los turcos.

Estos, despues de haber asolado á Corfú, todas las islas del archipiélago y Cefalonia, acababan de entrar en el golfo de Lepanto y habian verificado parte de su desembarco, persuadidos de que los cristianos no abririan este año la campaña. Cuando supieron los movimientos del ejército cristiano, Ali y Pertan, los dos bajáes de tierra y mar, comunicaron la nueva á Constantinopla. Su opinion era evitar el encuentro, pero Celim les dió orden de combatir hasta el último momento. Privados del socorro de los bageles berberiscos que habian vuelto á tomar el rumbo de Africa, hicieron embarcar á toda prisa en su escuadra seis mil spahis sacados de las fortalezas del golfo, y enviaron para el reconocimiento al viejo pirata Caragiali; que penetró durante la noche en medio de la escuadra cristiana y pudo contar sus bageles.

Don Juan habia llegado el 7 de octubre muy temprano, á la altura de las islas Curzoladi, las antiguas Echinadas, á 8 leguas de Lepanto.

Entonces convocó un consejo de guerra á que asistieron todos los principales gefes del ejército.

Don Luis Requesens, gran comendador de Castilla, á quien Felipe II, habia dado todos los cargos que desempeñaba don Luis Quijada en el reino, y principalmente el de acompañar á don Juan; ese hombre inevitable y prudente que se hallaba en todas partes y siempre para interrumpir como una mala sombra, los brillantes triunfos del jóven principe, le aconsejó la retirada, obediendo las órdenes secretas que habia recibido. Juan lleno de confianza en las promesas del papa que animado por la voz poderosa de Pablo Odescalchi obispo de Tienna, y por la que escuchaba en el fondo de su corazon, mandó dar el ataque y continuó avanzando hacia Lepanto. Pronto tuvieron á la vista la escuadra turca que venia al encuentro de los cristianos, colocada en orden de batalla la línea inmensa de sus velas infladas por un viento favorable.

Ali y Pertan ocupaban el centro defendido por las mas fuertes galeras, mientras que Vluccialy, Sangiac de Argel á la izquierda, y Mehemet y Siropo, bajáes de Alejandria, á la derecha, llevaban de frente las dos alas. Aquellos soldados que eran mas rígidos observadores de la ley del profeta, los verdaderos creyentes, advirtieron con pesar, y con tristes presentimientos que no se habia conservado esta vez en el orden de batalla la forma del signo sagrado, la *media luna*.

Don Juan dividió su escuadra en cuatro partes, de las cuales, tres de igual frente, distinguidas cada una por el color de sus flamulas, guardaban entre sí el intervalo que podian ocupar cuatro galeras.

El marqués de santa Cruz, que tenia la reserva, recibió orden de no tomar parte en el combate hasta que todos los bageles del enemigo no estuvieran empeñados en él.

Cuando fueron tomadas las convenientes disposiciones Juan se prosternó é invocó piadosamente á Dios y á la Virgen santísima.

Desde por la mañana los sacerdotes exhortaban á los marineros de todos los bageles y hablaban sobre un testamento dado por el cardenal Antonio Perenotte: *fuit homo missus á Deo, cui nomen erat Joannes*.

Don Juan pasó á un bergantin y volvió á recorrer su línea de batalla para animar á sus soldados.

Puesta la una mano en la espada, les presentaba con la otra la imagen del crucificado, por la cual iban á combatir y les pedía su sangre para quien los habia rescatado con la suya.

En seguida les llamaba su atencion sobre los lamentos que en los bageles de los bárbaros exhalaban millares de sus hermanos encorbados sobre el remo y desgarrados á fuerza de azotes.

Los soldados entusiasmados chocaban sus armas y repetian entre sí: *es el verdadero hijo del Emperador*. En seguida se izó el estandarte almirante con las armas de los confederados á bordo de la capitana y se aferró con un cañonazo que sirvió de señal para el combate. Don Juan fué el primero que corrió á atacar el navio almirante de los turcos, y la accion se empeñó en toda la línea. En el ala izquierda los turcos al principio del combate hicieron muchas descargas de flechas, una de ellas hirió en el ojo al general de los venecianos, Agustín Barbarigo, que vivió todavia bastante tiempo para presenciar el triunfo de las armas cristianas. Centarin su sobrino, que tomó el mando en su lugar, fué muerto en la accion; pero exasperadas las tropas con la muerte de sus gefes, se batieron con tal coraje que espantados los turcos abandonaron sus bageles que arrojaron en la costa.

No sucedió lo mismo en el centro. Cada buque combatió al buque enemigo en un duelo á muerte, hasta que uno de los dos se sumergiera, volara ó se quedara sin combatientes. Don Juan y Ali se habian buscado como los dioses de Homero, y sus capitanas envueltas en una nube espesa de humo que las robaban á la vista, no anunciaban su presencia sino con los fognazos de su artilleria, cuyos estampidos se perdian en medio del cañoneo de 400 bageles. Al fin desaparecieron los fognazos, la nube se levantó y vióse salir de un lado algunos restos flotantes de mástiles y de tablas, al rededor de los cuales aparecian en todas las actitudes del dolor y de la rabia centenares de desgraciados con turbantes, y del otro un navio gloriosamente destrozado que habia arbolado al lado de su pabellon almirante la cabeza cortada de Ali-bajá. Al verla los cristianos dieron rienda suelta á su ardor y á su entusiasmo y los infieles no tuvieron mas valor que el de la desesperacion.

El viejo almirante Pertan sostuvo solo durante dos horas el ataque de 4 buques, hasta que apoyándose en sus armas cubierto de heridas, vió en torno suyo á todos sus soldados degollados y su navio desamparado que ardia

con un horroroso incendio. En este momento supremo se olvidó de morir y se lanzó en un bote.

Entretanto los asuntos de la religion se hallaban en peligro en el ala derecha; Doria, traspasado por la línea turca, habia creído deber modificar el plan de ataque que consistía en ir derecho al enemigo, y temeroso de ser envuelto atacó la galera que formaba la retaguardia de la division turca. En poco estuvo que Vlucially hiciera esta maniobra fatal al ejército cristiano, porque dirigió todos sus esfuerzos hacia el centro que Doria dejaba desguarnecido, y las galeras genovesas principiaban á retirarse en desorden, cuando don Juan desembarazado de Pertan vino á dar con su sangriento trofeo en medio de los enemigos y decidió segunda vez la victoria.

Vlucially abandonó rugiendo como un tigre, la presa que creia tener ya entre sus manos, y vióse forzado á ceder á su vez. Atravesó toda la línea de batalla contestando á todos los cañonazos, saliendo siempre que quería de todos los apuros y se alejó orgullosamente como un leon cansado de carniceria. Mas de una vez en su retirada frente á las galeras que le perseguían, y no cesó de destruir hasta que la noche le ocultó á sus vencedores.

Después que se decidió la victoria, multitud de combates parciales se prolongaron aun todo el día. La mar entreabria aquí y allí un abismo como una tumba gloriosa para algun buque que volaba, y entre la enrojecida espuma de sus olas aparecían en horrible confusion los muertos y los vivos. En todos los bageles cristianos subían por medio de garfios á los que caían en el agua con las manos cortadas, y cuando ya no hubo infieles, el fuego y el agua, como si se hubieran hecho musulmanes, se encargaron de disputar todavía la victoria á Cristo.

El sitio en que don Juan combatía de este modo no estaba lejos de Prevezza.

Prevezza es el antiguo Actium (Accio).

En nuestros días tambien se ha decidido en este punto la contienda de Europa y Asia, y en sus mares el cañon de Navarino ha contestado al cañon de Lepanto.

Los turcos perdieron en Lepanto mas de 50 mil hombres y toda su escuadra. Doce mil cautivos hacinados en el fondo de sus galeras fueron vueltos á la libertad, y los vencedores se repartieron inmensos despojos. Dieron al papa los dos hijos de Ali que habian sido cogidos al principio del combate. Esta victoria costó la vida á diez mil cristianos, don Juan después de la batalla, recorrió todos los bageles para visitar á los heridos y decirles esas palabras cuyos recuerdos entusiasman todavía á los antiguos soldados.

Mientras el almirante romano se hallaba en la escuadra de columna, se le vió aproximarse á un herido que lo habia sido en el brazo y la mano izquierda, de un arcabuzazo haciendo prodigios de valor. Hablóle largo tiempo y secretamente en su lengua.

El hombre que recibió este honor era un español alistado al servicio del papa. Lanzado por la pobreza fuera de su país, miserable en Roma como en Madrid, habia sido camarero del cardenal Julio Aguaviva.

Este era Miguel Cervantes Saavedra.

IV.

ARGEL.

El 26 de setiembre de 1570, la galera del rey de España, el *Sol*, que conducía de Nápoles á Cartagena un convoy de soldados, fué atacada y tomada en la altura de las Baleares por el mas temible de los corsarios de Argel Arnaut Mami, renegado albanes que se habia conquistado á fuerza de atrocidades contra los cristianos cierta nombradía. La presa se repartió en el puerto segun costumbre. Arnaut Mami se llevó un esclavo que se llamaba entre los hombres de Europa Miguel Cervantes Saavedra, y á quien él puso el sobrenombre de Manco á cau-

sa de su defecto físico. Arnaut Mami pasaba por un señor cruel y que sometía á los esclavos á las pruebas mas duras, á fin de decidirlos mas pronto á rescatarse por el precio que exigía de ellos; pero halló en este una constancia superior á su crueldad y una audacia tan grande que le dejó siempre impune. Cervantes no cesaba un momento de conspirar por su libertad. Tres ó cuatro veces estuvo á punto de ser empalado ó quemado, lo que evitó á fuerza de insultar y desafiar la cólera de su amo. En fin 14 esclavos desaparecieron sucesivamente de Argel, y Cervantes fué del número.

Un empleado del serrallo, llamado Hassan, renegado griego, tenia en una posicion deliciosa fuera de la ciudad un jardin desde donde se veía á un tiempo las casas blancas de Aldjezair subir en forma de anfiteatro en medio de las campiñas verdes, y el mar que despues de haber azotado la playa, se retiraba hasta confundir el azul de sus olas con las últimas tintas del oriente. Hassan apreciaba mucho este jardin porque desde él veía volver de corso al jabeque que habia armado, y lo hacia cultivar por un navarro su esclavo. Este hombre, que no hallaba placer ninguno en el espectáculo magnífico desarrollado á su vista, por que veía mas allá del horizonte una familia en la que su puesto estaba vacío, habia empleado muchos años en abrir solo en el sitio mas retirado del jardin un subterráneo que iba á parar á la costa; allí reunió otros esclavos españoles como él, para aprovechar con ellos las ocasiones de fuga que les presentase la proximidad del mar.

Miguel Cervantes fué el jefe de esta pequeña sociedad que no obedecía mas que al valor. El jardinero recibió la comision de vigilar para evitar toda sorpresa. Otro esclavo, llamado el Dorador, y que podía á causa de su oficio ir y venir sin escitar sospechas, compraba los víveres y los llevaba secretamente al subterráneo. Todos los domingos tenian prohibicion espresa de presentarse durante el día, y los centinelas que por la noche vigilaban desde lo alto de las murallas de Argel, jamas pudieron comprender que las sombras que aparecían muchas veces al rededor de los arbustos y de las rocas de la costa, fuesen otra cosa que el crecimiento caprichoso de una rama y el vuelo rápido de una ave acuática. Jamás pudieron creer que fuesen hombres que respiraban silenciosamente la brisa pensando en su patria. Así pasaron cerca de seis meses en las entrañas de la tierra de Africa, no viéndolos mas que de pesares y temor, pero sostenidos por la esperanza de la libertad y por esa confianza que Cervantes, como todos los hombres fuertes, sabia inspirar á cuantos le rodeaban. Sin embargo, ninguna ocasion se habia ofrecido hasta entonces, ninguna tentativa habia podido hacerse, y los de ánimo mas esforzado y perseverante principiaban á desfallecer, cuando el rescate de un mallorquino llamado Viana que iba á regresar á su isla, les sugirió la idea de un plan cuyas probabilidades de buen éxito infundieron á todos nuevo aliento y resolución. Viana era un excelente marino que los moros habian empleado en el cabotage, de modo que conocia perfectamente las costas. Cervantes arrojando mil peligros logró verle y lo decidió á servir su plan.

Viana debía encargarse de llevar una carta en la que imploraban todos el auxilio del virey de Mallorca y él mismo debía venir á recogerlos en un barco que esperaba obtener de la generosidad cristiana de este señor.

Cuando se acercó la época que habia indicado Viana para su regreso, el Dorador llevó por última vez los víveres y se encerró en el subterráneo con los demás. Hacia el fin de un día, el jardinero que habia fatigado su vista en buscar entre el aire y la mar algun objeto de tela blanca, cayó enfermo. El Dorador solo podia entre todos reemplazarle, por que él era el único cuyos ojos estaban habituados á la luz del día, y disfrazado con el traje del

jardinero, la mano puesta sobre su azada, se puso á mirar como él hacia el alta mar.

Este hombre que había ayudado hasta entonces tan lealmente á sus hermanos era un cobarde. Hasta entonces en medio de los peligros que arrostraba, había tenido la esperanza de no ser descubierto, y después se había aturdido de la alegría de sus compañeros. Pero cuando se vió aislado, responsable de todas aquellas vidas por las cuales velaba, cuando conoció que la obra habitual de su vuelta se alejaba, que cada instante de dilación le hacia culpable á los ojos de su amo, y que el peligro iba á ser inevitable para él, lo mismo que para los demás, tuvo miedo.

Su espanto se redobló cuando vió en el mar que en rojea el sol al ocultarse en su ocaso, un bergantín que se aproximaba.

Pensó que los guarda-costas podían verle y que era imprudente acercarse de este modo, y todos sus pensamientos de libertad desaparecieron para hacer lugar á imágenes de tormentos peores que la muerte.

Izóse un gallardete verde á bordo del buque, á cuya señal no contestó encendiendo un montón de hojas secas como debía. Al mismo tiempo el demonio de la codicia le habló quedo al oído y le recordó las ganancias que iba á perder al dejar á Argel y al renunciar el tráfico de los infieles; en seguida, la misma fantasma le hizo entrever la vida feliz y recompensada del que entregase al rey catorce esclavos, y separó de él los remordimientos prometiéndole el paraíso de Mahoma para salvarle del infierno de Cristo.

Entre tanto se había destacado del bergantín una lancha, y pronto un hombre que había saltado en la playa, avanzó con precaución hacia el jardinero de Hassan. Un grito de alarma salió de él al cual contestaron otros gritos lejanos y poco después reunidos los bárbaros en la costa disparaban á la ventura á una lancha que se alejaba protegida por los surcos de las grandes olas.

El Dorador bajó cuando era ya muy de noche al subterráneo. Sus compañeros le preguntaron la causa de los clamores que habían oído, pero él les contestó que no había visto ni oído nada.

Hacia media noche todos volvieron á subir para respirar otra vez el aire que robaban á sus señores de Argel. El jardinero navarro á quien la fiebre había reducido á una extrema debilidad, no pudo arrastrarse solo, y lo condujeron sus compañeros. El pobre hombre que sentía abrasarse su pecho pedía sin cesar agua, y ya había agotado hasta la última gota de la que le quedaba.

El Dorador ofreció al punto ir á buscarla á una cisterna vecina que conocía y se llevó dos jarros.

Mientras pudo suponer que le seguían con la vista, se marchó como si hubiera temido alarmar á los bárbaros, pero uno de los cautivos notó que se había erguido á alguna distancia, que había cambiado de dirección y que marchaba rápidamente y sin cautela.

—Ese es un traidor, dijo una voz, vá á vendernos.

—Yo he temido engañarme, dijo otro, quería matarle ahora mismo.

El Dorador no volvió en toda la noche.

Esos hombres que habían llamado al día con votos tan ardientes, lo vieron aproximarse con desconsuelo elevando al cielo sus maldiciones contra el infame y jurando castigarlo.

Trece piedras que recogieron fueron echadas en un morral. Había doce blancas y una negra.

Esta pequeña sociedad de esclavos que los soldados turcos iban á disolver, ejerciendo su justicia contra uno de sus individuos durante la noche, en la playa del África, entre Argel y el desierto, ofrecía un espectáculo imponente y extraño.

Cada uno de ellos se levantó á su vez y sacó del morral una piedra con su mano cerrada.

La piedra negra imponía al que le tocaba la obligación de ejecutar la sentencia dada.

Cervantes cogió la piedra negra.

Cuando sus asuntos con el mundo fueron terminados, los españoles se confesaron piadosamente los unos con los otros á falta de sacerdote; en seguida entraron en el subterráneo y esperaron.... Cervantes se quedó á la entrada detrás de una higuera.

Poco antes de rayar el alba vió salir de la ciudad á los soldados turcos que desaparecieron al bajar una hondata del camino, y algún tiempo después el Dorador se presentó llevando los dos jarros llenos.

—He tardado mucho eh? dijo; ya no me esperaríais?

—Has hecho mal en venir, Judas Iscariote, dijo Cervantes, Dios te perdone y lo mató.

Cervantes y sus compañeros fueron maniatados y conducidos á la ciudad; pero ninguno de ellos fué empalado, por que los argelinos se acordaron esta vez de que destruían su fortuna matando á uno de sus esclavos. Y el que era conocido con el nombre del valiente Manco, vuelto á su amo, se ingenió de nuevo para recobrar su libertad.

Un día que desempeñaba una comisión que Arnaut le había dado en la ciudad, se arrimó á una pared para dejar pasar á un moro que conducía el renegado Soliman.

Después de haberle dirigido una mirada Cervantes, no pudo menos de balbucear en español: A no ser este un infiel idólatra diría que era don Juan de Austria.

El moro que había pasado gravemente se estremeció como si hubiera comprendido sus palabras, y se volvió atrás; hizo señas al Manco que lo siguiese y lo condujo á una calle del barrio de los judíos donde se sentaron en un poyo de piedra al lado de una puerta.

El moro era don Juan de Austria.

Don Juan después de haber vencido á los infieles en España y en Lepanto, había bajado persiguiéndolos en Tunez con su gloriosa espada, á la misma costa que había ilustrado Carlos V su padre. Don Juan había vencido á los bárbaros mas bien con el terror de su nombre que con sus armas. Tunez, Hippona y las ruinas de Cartago había llegado á ser cristianas; pero esto no era nada para él, mientras que quedase en pie Argel, la ciudad Santa, la bien guardada, que había desafiado á su padre; quería que cayese, y el héroe aventurero venía en persona á buscar en Argel el lado débil de Argel.

Y la linda judía curiosa, que vió por su ventana entreabierta, á un moro y un esclavo enfermo sentado en el poyo de la casa de su padre, hubiera mirado con mas asombro la figura noble y regular del moro, y con mas terror al esclavo enfermo, si hubiera oído lo que estos dos hombres hablaban y las grandes cosas cuya ejecución acordaron.

En tanto que don Juan hiciera avanzar su ejército, Cervantes debía llamar á la rebelión á todos los esclavos de la ciudad, y sería menester que para salvar cada argelino su casa, pudiera batirse á la vez en su casa y en las murallas.

Juan y Miguel que hablaban así, emplearon bien los pocos instantes que pasaron juntos.

—Pero don Juan no hizo avanzar á su ejército, por que Felipe II escribió á don Juan que dejara á Tunez, como le escribió que dejara á Granada, como le mandó que dejara á Lepanto.

Cervantes no por eso desistió de su proyecto, pero otra vez fué vendido, aunque esta vez logró también salvar su vida; lo único que hicieron fué vigilarlo mas de cerca; y Hassan, dey de Argel, decía de él: *mientras que este bravo estropeado esté en lugar seguro, respondo de mi ciudad, de mis bageles y de nuestros esclavos.*

V.

BOURGES.

EL ÚLTIMO ENCUENTRO.

Privado por la desconfianza de Felipe II, de los frutos de la victoria de Gemblons, don Juan se había retirado con su ejército á la montaña de Bourges cerca de Namour, donde había acampado Carlos V su padre, perseguido por tres ejércitos franceses. Al hallarse en la cumbre de la montaña, don Juan se puso á mirar al cielo triste y pensativo. Ya no había nada en él del niño inocente que abría á las fiestas de la corte de España, sus hermosos ojos asombrados; nada del héroe, cuya noble figura se animaba con un fuego sombrío delante de la destrucción de su obra. El hombre que quedaba tenía la frente arrugada, la cabeza casi calva, los ojos sin brillo y lloraba su gran naturaleza, marchita porque había perdido el amor de los hombres sin poder hallar la confianza de su hermano. Después de la partida de las tropas del conde de Mansfeld, no era ya para los flamencos mas que el último español que quedaba en Flandes, el servidor de la inquisición y el continuador del duque de Alba, y al mismo tiempo que su fanatismo patriótico dirigía contra él puñales primero, y después ejércitos, don Juan se consumía con las vehementes sospechas que tenía de Felipe II. En medio de su tristeza, cayó en el desaliento; sus recuerdos le presentaron su infancia oscura y sencilla, feliz en todo, aun en sus deseos, rodeado de amigos y libre como un pájaro en el aire; pero se sonrió complacido ante este espectáculo de lo pasado, sin echarlo de menos; creyendo asistir á la felicidad de otro. No se acordó mas que de su cansancio de las grandezas, y quiso encerrarse en Monferrat para acabar allí su tumba, como Carlos V había hecho en el monasterio de Yuste. La muerte de su secretario Escobedo, á quien había encargado llevar su justificación á los pies de Felipe, asesinado por orden de este monarca, sirvió de respuesta á su última esperanza en este mundo. Cayó enfermo y el conde Cervellon, antiguo y valiente capitán que había participado de todos los trabajos de don Juan, fué acometido de una fiebre violenta al mismo tiempo que él; pero los médicos declararon desde luego que la enfermedad no sería mortal sino para don Juan. Cuando este conoció el peligro de su enfermedad, volvió á recobrar esa confianza que se leía en su semblante en el momento de las grandes batallas. Arregló sus asuntos mundanos y nombró á su sobrino Alejandro Farnesio, gobernador general de las provincias, cuya elección le había sido indicada de antemano por Felipe II, que había concedido al joven príncipe el tratamiento de virey.

En su testamento suplicaba á su hermano señalase pensiones á los empleados de su casa, y le pedía como una gracia que sus restos fuesen depositados en el sepulcro de Carlos V. Dió á su sobrino á quien siempre había amado, consejos sobre la conducta que debía observar para marchar en la vida. De resultas de esta conferencia, el dolor de Farnesio, fué mucho mayor de lo que se esperaba.

Don Juan cumplió sus deberes de cristiano, y el capellan que le había confesado partió para España, con objeto, sin duda, de desempeñar la misma misión de Escobedo.

El día primero de octubre de 1578 salió don Juan de un largo estupor para manifestar á Farnesio que lloraba sobre su mano, y á los generales que rodeaban su lecho, que aquel día era el aniversario en que había acostumbrado á celebrar las victorias de Lepanto y Tunez. En seguida principió su agonía. En su delirio llamaba á los capitanes del ejército, mandaba cargas, evoluciones,

y llenaba la tienda de voces y gritos de guerra. Sus últimas palabras fueron el nombre de Carlos V y el de Quijada, sus dos padres.

Inmediatamente después de su muerte, que había sido precedida de horribles convulsiones, se cubrió su cadáver de manchas lividas, y entre los concurrentes se pronunció la palabra, envenenamiento. Algunos acusaron al cocinero del príncipe, otros habían visto deslizarse un hombre en su pabellon, y los mas atrevidos hablaban de ciertos botines perfumados que Felipe II. había regalado á su hermano. Los que esto decían habían visto el cadáver de don Carlos.

Cierto día un hombre, pobre en las trazas, medio peregrino, medio mendigo, que llegaba del reino de Valencia atravesó á Madrid sin detenerse aunque parecía estenuado de fatiga, y salió de la capital por la puerta que conduce á Alcalá de Henares, á la sazón en que se paraba allí una cabalgada: uno de los hombres que la componían traía atados dos saquitos de cuero en el arzón de su silla, y otro algo mayor encima de la grupa. Cuando un guarda de las puertas preguntó al caballero lo que contenían esos tres sacos respondió tristemente que iba encargado de un precioso depósito, y que aquellos sacos contenían los restos de don Juan de Austria. Se había separado del cuerpo toda la carne, un saco contenía los huesos de las piernas, otro los de los brazos y la cabeza y el tercero contenía el pecho.

El mendigo que oyó esto se arrojó al lado del caballero y le pidió permiso para besar uno de aquellos sacos. Concedido que le fué, y después de haber satisfecho su deseo apoyóse con una sola mano en el suelo para levantarse, por que era manco, enjugó sus lágrimas y continuó su camino.

VI.

MADRID.

Veinte y siete años después, en la villa de Madrid, en un aposento de miserable aspecto rodeado de algunos amigos, del licenciado Francisco Nuñez su buen vecino y de su muger, se hallaba Miguel Cervantes Saavedra, en el terrible trance de la muerte á la edad de 69 años.

La segunda parte de su vida había sido tan triste como la primera, pues á las fatigas del cuerpo se habían agregado las del alma. Después de su rescate debido á los PP. de la Merced y de su regreso á España, había asociado otra pobreza á la suya, se había casado. Entonces como único recurso y única felicidad, tomó una pluma con la mano que le quedaba y escribió. *Galatea*, sus *novelas* y su inmortal *don Quijote*, esparcieron por toda la Europa la gloria de su nombre pero no le dieron para comer. El viejo soldado se vió obligado para vivir á interesarse en sus obras, por medio de una dedicatoria, la vanidad y la benevolencia del *Gran conde de Lemus* ó del cardenal de Toledo. Para colmo de su desgracia algunos de sus ilustres deudores le hicieron bancarrota. El duque de Bejar aceptó la dedicatoria de *don Quijote* y creyó haber hecho bastante por el autor. Al mismo tiempo la envidia se cebó en sus obras; la *critica* le echaba en rostro el ser pobre y tener una mano manca, y Juan de Villarroel, su librero, á quien había enriquecido y ennoblecido, le encargaba con tono de autoridad que no intercalase tantos versos en su prosa, porque sus versos no valían nada: de este modo arrastró durante largos años su vida, herido en sus afecciones, en su gloria y desimpresionado sobre su última ilusión, la poesia. El trabajo excesivo que le costó su última novela *Pérsiles y Segismunda*, acabó de agotar sus fuerzas, y la hidropesía de que estaba atacado hizo rápidos progresos. En su lecho de muerte escribió todavía

el prefacio de su novela y la epistola dedicatoria al conde de Lemus: «Aquellas coplas antiguas, la decia, que fueron en su tiempo celebradas que comienzan: *Puesto ya el pie en el estribo* quisiera yo que no vinieran tan á pelo, en esta mi epistola, porque casi con las mismas palabras la puedo comenzar diciéndo:

Puesto ya el pie en el estribo
Con las ansias de la muerte
Gran señor, esta te escribo.

«Ayer me dieron la estrema-uncion y hoy escribo esta: el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y con todo eso llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir y quisiera yo ponerle coto, hasta besar los pies á V. E., que podria ser fuese tanto el contento de ver á V. E. bueno en España, que me volviese á dar la vida: pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos, y por lo menos sepa V. E. este mi deseo, y sepa que tuvo en mi un tan aficionado criado de servirle, que quiso pasar aun mas allá de la muerte, mostrando su intencion. Con todo esto, como en profecía, me alegro de la llegada de V. E., regocijome de verle señalar con el dedo, y realégrome de que salieran verdaderas mis esperanzas dilatadas en la fama de las bondades de V. E. Todavía me quedan en el alma ciertas reliquias y asomos de las *Semanas del jardín*, y del famoso *Bernardo*, si á dicha, por buena ventura mia, que ya no sería ventura, sino milagro, me diese el cielo vida, las verá y con ellas fin de la *Galatea*, de quien sé, está aficionado V. E., y con estas obras continuado mi deseo.»

Mas tranquilo despues de este esfuerzo de trabajo, Cervantes esperó resignado la muerte, como soldado veterano y buen cristiano.

Una obra titulada *Busca pie* habia en otro tiempo añadido al triunfo de don Quijote, un interés de escándalo y de viva curiosidad, insinuando que todos sus héroes eran no retratos fantásticos, sino personajes de la época puestos en escena. Cervantes se habia negado constantemente á toda esplicacion sobre este asunto; pero en sus últimos momentos, como el licenciado Nuñez se aventurase á preguntarle el verdadero nombre del hidalgo manchego, Cervantes le contestó con triste sonrisa, «don Quijote soy yo.»

El cuerpo de Cervantes, fué sepultado en la iglesia de frailes trinitarios de Madrid. Su nombre no fué ni aun grabado en la piedra de su sepulcro. Pero la España se ha acordado aunque tarde de su inmortal autor erigiéndole un sencillo monumento, cuyo pensamiento fué debido al difunto comisario de Cruzada, Varela, en la plazuela de las Cortes de esta capital.

Resulta, pues, que esos dos grandes hombres don Juan y Cervantes, que partieron juntos y marcharon al mismo objeto, lo consiguieron ambos aunque por diferentes caminos.

El uno viviendo entre los pobres, el otro entre los grandes de la tierra; el uno con su pluma inmortal y el otro con su inmortal espada, pero desgraciados ambos para cumplir con la parábola: *El reino del genio no es de este mundo.*

